

LUIGI GIUSSANI

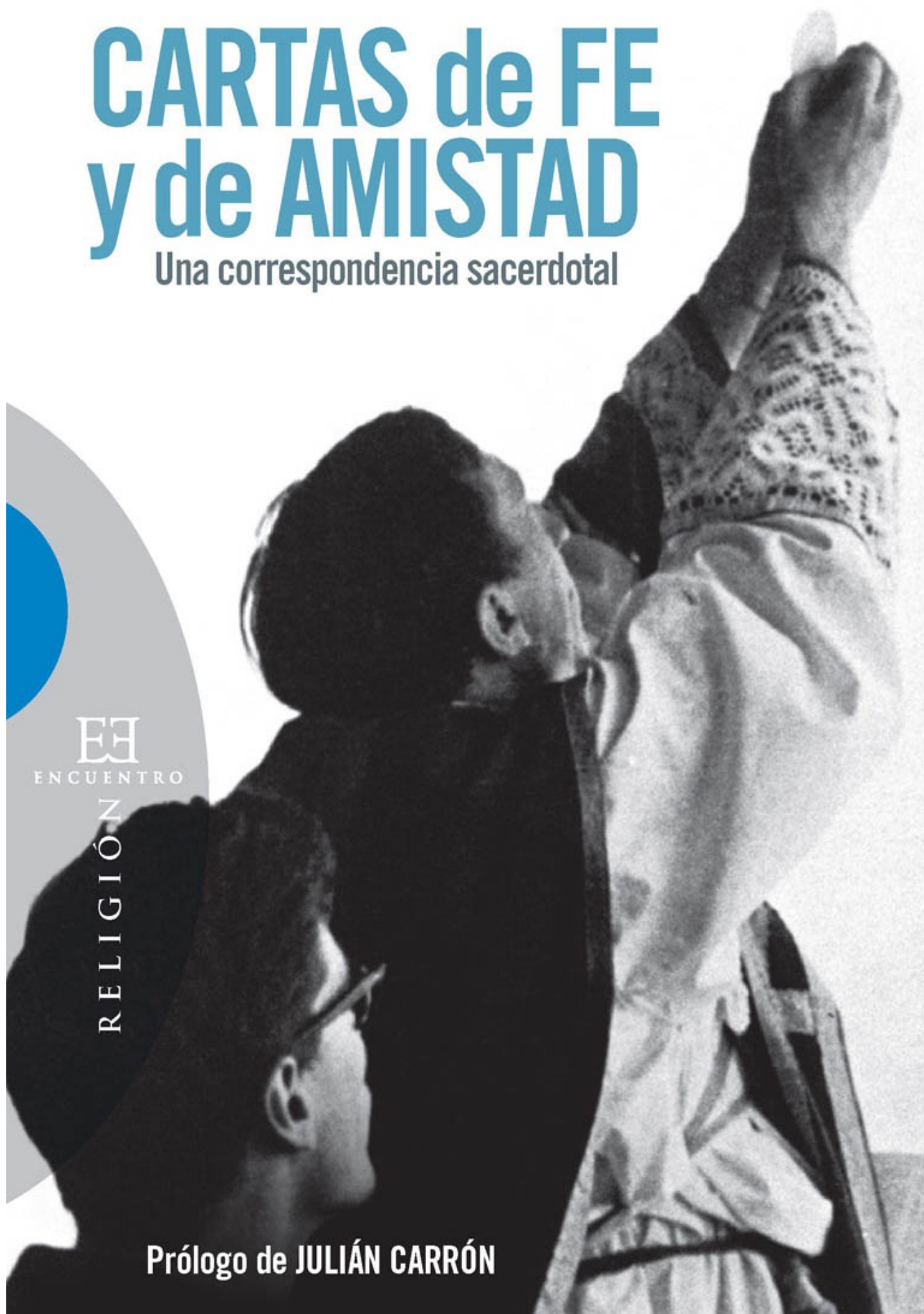
CARTAS de FE y de AMISTAD

Una correspondencia sacerdotal

EH
ENCUENTRO

RELIGIÓN

Prólogo de **JULIÁN CARRÓN**



Ensayos
418

LUIGI GIUSSANI

Cartas de fe y de amistad

Una correspondencia sacerdotal

Prólogo de Julián Carrón

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-794-0



© 2007
Edizioni San Paolo, s.r.l.
© 2010
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid
© de la traducción
Fraternità di Comunione e Liberazione
© de la fotografía de portada
Archivo CL

Traducción y edición española
Gabriel Richi Alberti
Revisión
Carmen Giussani

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

- *Prólogo*, de Julián Carrón
- *Premisa*, de Angelo Majo
- *Nota a la edición española*
- *Mons. Luigi Giussani, 1922-2005*
- CARTAS DE FE Y DE AMISTAD
 - 1. Venegono, noviembre de 1944
 - 2. Desio, mayo de 1945
 - 3. Venegono, 20 de julio de 1945
 - 4. 6 de agosto de 1945
 - 5. Finales de agosto de 1945
 - 6. 2 de septiembre de 1945
 - 7. Octubre de 1945
 - 8. Milán, 13 de octubre de 1945
 - 9. Desio, diciembre de 1945
 - 10. Desio, 3 de junio de 1946
 - 11. 9 de enero de 1946
 - 12. Desio, 20 de febrero de 1946
 - 13. Varigotti, 11 de abril de 1946
 - 14. Varigotti, 24 de septiembre de 1946
 - 15. 12 de diciembre de 1946
 - 16. Varigotti, 21 de diciembre de 1946
 - 17. 7 de enero de 1947
 - 18. Varigotti, 4 de abril de 1947
 - 19. Desio 27 de junio de 1947
 - 20. Pontedilegno, 15 de julio de 1947
 - 21. Pontedilegno, 8 de agosto de 1947
 - 22. Pontedilegno, 15 de agosto de 1947
 - 23. Piancavallo, 28 de junio de 1948
 - 24. Venegono, 18 de diciembre de 1948
 - 25. Venegono, 23 de junio de 1949
 - 26. 1 de julio de 1949
 - 27. Arma, 25 de julio de 1949
 - 28. Venegono, 4 de enero de 1950
 - 29. Venegono, 16 de enero de 1950
 - 30. Venegono, 2 de febrero de 1950

- 31. Venegono, 18 de marzo de 1950
 - 32. 6 de abril de 1950
 - 33. Venegono, 21 de abril de 1950
 - 34. Venegono, 11 de mayo de 1950
 - 35. Piancavallo, 23 de julio de 1950
 - 36. Venegono, 8 de agosto de 1950
 - 37. Venegono, 24 de agosto de 1950
 - 38. Venegono, 29 de septiembre de 1950, 9 horas
 - 39. Venegono, 4 de noviembre de 1950
 - 40. Venegono, 7 de febrero de 1951
 - 41. Venegono, 7 de marzo de 1951
 - 42. Venegono, 31 de julio de 1951
 - 43. Venegono, finales de agosto de 1951
 - 44. Venegono, 24 de octubre de 1951
 - 45. Venegono, 19 de diciembre de 1951
 - 46. Vione, julio de 1952
 - 47. Venegono, 12 de agosto de 1952
 - 48. 22 (de septiembre) por la noche, de 1952
 - 49. Selva, 19 de julio de 1953
 - 50. Venegono, 26 de agosto de 1953
 - 51. Venegono, 21 de agosto de 1954
 - 52. Venegono, 20 de abril de 1955
 - 53. Moena, 12 de agosto de 1958
 - 54. Varigotti, 27 de agosto de 1958
 - 55. Alba di Canazei, 6 de julio de 1960
 - 56. Milán, 6 de agosto de 1960
 - 57. Varigotti, 2 de enero de 1964
 - 58. Milán, 1 de febrero de 1964
 - 59. Varigotti, 12 de abril de 1964
- *Elogio de la amistad*, de Luigi Giussani

Él ha abierto en los hombres
un espacio para el nacimiento,
les ha revelado un espacio de vida,
más allá de las corrientes que pasan,
más allá de la muerte.

KAROL WOJTYŁA, *Piedras de luz*

PRÓLOGO

Las cartas que ahora presentamos al lector de lengua española representan un pequeño «tesoro» para el que está interesado en la vida y en la obra de ese sacerdote milanés, fundador de Comunión y Liberación, que fue Mons. Luigi Giussani (1922-2005). Cubren fundamentalmente el período que va de 1945, año en el que Giussani es ordenado sacerdote, a 1951, ya establecido como asistente en la Facultad de Teología de Venegono. A partir de entonces la correspondencia se hace más intermitente. Son los primeros años de sacerdocio, marcados por la enfermedad y por los prolongados retiros junto al mar, en soledad, que ponen al joven don Giussani ante la prueba.

Se trata de un pequeño tesoro porque estas cartas constituyen un testimonio único del recorrido personal de su autor en unos años que van a resultar decisivos y de los que no se poseen otras referencias. Impresiona pensar que el iniciador de una realidad fecundísima, que iba a suponer una auténtica novedad en el panorama de la Iglesia italiana a partir de los años sesenta, pasara sus primeros cinco años de sacerdocio enfermo y en el «dique seco». Un tiempo al que se añadirían otros cinco años más hasta su entrada en liceo Berchet en 1954, sin ningún «resultado pastoral» visible. Algunas de las insistencias que caracterizarán al enérgico fundador de Comunión y Liberación se pueden descubrir ya en estas líneas. Del mismo modo, descubrimos en ellas las huellas nítidas de lo que el paso por el Seminario había dejado en el joven sacerdote milanés.

Por último, estas cartas nos revelan algunos aspectos poco conocidos de su autor. Ilustrémoslo con algunos ejemplos.

Ante todo el descubrimiento de la amistad como un don vocacional, como una gracia que nos introduce en el misterio de Cristo. Ya en el Seminario don Giussani tuvo ocasión de sorprenderse por este don de algunas relaciones preferenciales en cuyo horizonte todo tiene que ver con Cristo. Así fue la amistad con Enrico Manfredini (que llegará a ser arzobispo de Bolonia) y Carlo de Ponti (que muere muy joven).

«A veces acontece que dos o tres se entienden tan bien que es bello dialogar entre sí. Toda mi experiencia posterior, como sacerdote, ya la había pensado en tercero de bachillerato junto a dos de mis compañeros a los que siempre me unía, cuando íbamos de paseo, dos veces a la semana. Siempre nos juntábamos los tres para hablar de estas cosas y era bellissimo. A veces se acercaba a nosotros alguno y decía «buff» y se iba. En cambio para nosotros no era así. Y os juro que lo que estábamos diciendo —ahora me acuerdo muy bien: estábamos pasando por debajo del puente ferroviario al lado de

Meda, que está cerca del seminario de Seveso (a mi izquierda estaba Manfredini, el otro compañero en el centro, y yo a la derecha)—, lo que estábamos diciendo en ese momento, después ha llegado a ser realidad literalmente»¹.

La relación con Angelo Majó se encuadra en este misterio de la preferencia sobre el que don Giussani no deja de meditar. Majó conoce a don Giussani en 1944, cuando éste era prefecto de su clase en Venegono. Así lo recuerda Majó:

«Don Giussani se debió dar cuenta de que me agobiaba un poco ese ambiente de masa y, quizá por ello, me acuerdo de que cada mañana me esperaba al salir de la Capilla y me preguntaba: ‘¿Qué tal va?’. El Rector, que después fue Cardenal, Giovanni Colombo, cuando nos veía decía: ‘He aquí cómo se amaban los caballeros de antaño’. Don Giussani, precisamente por su método de ‘preferir’, provocaba respecto a su persona afinidades intensas o encendidas diferencias»².

¿Cuál era el contenido de esa preferencia, de esa amistad? La pasión por Cristo y la mirada que esta pasión genera sobre todas las cosas. Estas cartas son una ejemplificación riquísima. En ellas ya encontramos esa mirada sobre la realidad cargada de asombro que será una de las constantes en la propuesta educativa de don Giussani y uno de los criterios fundamentales para sorprender la gracia de una amistad que suscita la adhesión:

«Hace algunas noches, pensando, he descubierto que tú eres mi único amigo: no por exclusivismo estéril; esa vibración inefable y total de mi ser ante las «cosas» y las «personas» no la sorprende más que en tu modo de reaccionar. Pero tú eres una vibración armónica. Yo, violenta» (Carta 48, septiembre de 1952).

Pero en estas cartas sobresale, por encima de cualquier otra cosa, una experiencia sorprendentemente adulta del Misterio del Ser, de Dios como caridad, y de Jesucristo como donación total por nosotros, toda ella cargada de afecto. Esta experiencia empapa la conciencia del joven don Giussani en medio de la postración y la soledad a las que le sometía la enfermedad:

«No soy capaz, en esta oscura tarde de viento, atrio del invierno, de responder al estado de ánimo particular con el que me escribiste. Estoy demasiado cansado. Y lo único que siento —y mi fidelidad a los amigos más queridos es un símbolo experimental de ello— es que la esencia de la vida, de las aspiraciones, de la felicidad, es el amor. Un amor infinito, inmenso, que se ha inclinado hacia mi nada, y ha creado de ella un ser humano, un grano de polvo en cuanto al cuerpo, pero sin límites en la apertura ávida de verdad y de amor que constituye su inteligencia y su corazón. Un Amor infinito, enorme, que ha realizado el disparate de hacerme infinito como Él, a mí que, como ser creado, soy polvo finito: *‘similes ei erimus’*» (Carta 15, diciembre de 1946).

Ese Amor infinito se ha hecho carne y ha muerto en la cruz por nosotros. El deseo de identificación con Cristo en la cruz, en cuyo sufrimiento don Giussani era consciente de

participar con su enfermedad, constituye otra de las constantes de estas cartas:

«Esta limitación, esta soledad, esta silenciosa y fatigosa renuncia a la expansión viva de la impetuosidad del afecto que bulle en mi corazón, es verdaderamente un gran sacrificio (...). Yo no quiero vivir inútilmente. Es mi obsesión. Y además, entre dos amigos profundos, ¿qué se desea? La aspiración de la amistad es la unión, es la de identificarse, llegar a ser una sola cosa, llegar a ser la misma persona, tener la misma fisonomía del Amigo. Pero Jesús está en Cruz» (Carta 5, agosto de 1945).

Y ese afecto a Cristo llega a convertirse en el afecto dominante, origen del resto de los afectos:

«Durante los estudios de teología yo sentía el ansia del apostolado, casi exclusivamente motivada - en el sentimiento - por la obsesión de la felicidad de los hombres. No me parecía que pudiese existir un porqué más concreto, más experimentable, más apasionado que éste. Y en cambio, hay «uno» más experimentable, más apasionado, porque es más universal incluso que todos los hombres juntos y, al mismo tiempo, más encarnado en nuestra personal individualidad. Universal, porque mayor que el universo; encarnado, porque amor personal y, por ello, completamente propio de nuestro ser individual. Y es el amor por Él, por su gloria. Por Él» (Carta 23, junio de 1948).

¿Por qué esta pasión por Cristo aferra toda su vida hasta fascinarla por completo? Aquí tocamos una clave decisiva de la personalidad de don Giussani. Para él Cristo es el cumplimiento del deseo de felicidad, de plenitud que vibra en cada fibra de su ser. Esto explica el lugar privilegiado que tiene en su vida la figura de Leopardi, el poeta de Recanati, famoso por haber expresado como ningún otro, el «misterio de nuestro ser» hombres. En él encuentra toda la vibración de la humanidad de un hombre con todos sus deseos y exigencias constitutivas. El posterior encuentro con sus profesores Gaetano Corti y Giovanni Colombo, que le dan la clave de lectura del poeta de Recanati, será decisivo para reconocer a Cristo como objeto último al que tienden todos nuestros deseos. Este drama vibra en don Giussani con una potencia única. Fue la lealtad con toda la amplitud del deseo humano lo que le permitió descubrir a Cristo como el único capaz de colmarlo.

«Pues, ¿qué es el amor? ¿Qué «sentimos» en todas las «formas», qué es lo que buscamos en todos los deseos-sueños, quizás con los ojos abiertos? ¿De qué sentimos la «ausencia» en la experiencia aguda de nuestras tristezas? ¿A qué nos remite esa atracción que absorbe todo nuestro ser y que nos estremece, mente y sensibilidad, con el presentimiento de su dulzura —cuyos ecos lejanos advertimos en las cosas bellas de este mundo—? Más allá de todas las cosas, las formas y las experiencias, más allá de todo lo que nos atrae, nosotros buscamos la nobleza de este Amor» (Carta 24, diciembre de 1948).

El camino educativo de don Giussani estará radicalmente marcado por esa experiencia de sentir a «Jesucristo vivo y palpitante en la carne del propio pensamiento y del propio

corazón» que se da en sus años de Seminario:

«Estoy convencido de que el bachillerato dejará también en ti esa profunda ilusión fascinante, que es la fuente de un mundo de ideas, de ‘descubrimientos’, de sentimientos: te deseo que Jesús se encarne en estas experiencias tuyas, del mismo modo inexorable y definitivo con el que se encarnó en el seno de la Virgen María. Porque el mayor gozo de la vida del hombre es sentir a Jesucristo vivo y palpitante en la carne del propio pensamiento y del propio corazón. Lo demás es efímera ilusión o estiércol» (Carta 16, diciembre de 1946).

Precisamente por ello concebirá los primeros años de la adolescencia y de la juventud como decisivos para toda tarea educativa:

«‘Alteza, no olvidéis jamás los ideales de vuestra juventud’, decía el marqués de Puena a Carlos V cuando era adolescente. Te aseguro que la juventud se halla toda en la infinitud de los deseos y de los sueños que ahora agitan tu magnífica alma. Te aseguro que Él nos concede la posibilidad de realizarlos: y que nuestra juventud no cesa *jamás*. Durante el bachillerato me decían «fuego propio de la adolescencia», entonces ¿cómo es que ha crecido?» (Carta 11, enero de 1946).

Pero no es posible olvidar que gran parte de esta correspondencia epistolar se produce entre un joven recién ordenado (1945) y un candidato al sacerdocio (que cantaría Misa en 1949). En estas cartas rezuma la conciencia del don recibido, de la naturaleza del sacerdocio ministerial y de su misión propia.

Se trata de una conciencia que colma el corazón del joven sacerdote de gozo:

«Y el gozo y la realidad mayor del sacerdote es ser uno con el «Amigo», suyo por excelencia, más semejante e idéntico a Él que cualquier otro ser» (Carta 15, 12 de diciembre de 1946)

y, a la vez, de profunda responsabilidad:

«Y he ofrecido este sacrificio, es decir, este acto de amor, por las muchas almas de mis hermanos los hombres, por cuya felicidad el Señor Jesús murió, por cuya eterna felicidad el Señor Jesús me llamó consigo a dar mi vida» (Carta 6, 2 de septiembre de 1945)

y es que

«la sustancia del sacerdocio es salvar las almas como Jesús, muriendo» (Carta 19, 27 de junio de 1947).

Un gozo y una responsabilidad que nacen de la objetividad del sacramento recibido y, por tanto, del ministerio para el que dicho sacramento capacita. Y así don Giussani nos ofrece

un precioso testimonio de la doctrina católica sobre el «*agere in persona Christi*». Hablando de la relación entre Jesucristo y el ordenado, afirma:

«(...) se percibe que se es *Unum*, una sola cosa con Él. Que ya no hay nada, ni siquiera la divinidad que sea sólo Suyo. En la Consagración, en la Confesión, el Sacerdote, ¿acaso no cumple actos divinos? ¡Qué gozo!» (Carta 3, 20 de julio de 1945).

En distintas ocasiones el mismo don Giussani contaba que, a finales de los años 50, ya con una cierta notoriedad, fue invitado a hablar a los sacerdotes de Milán. Después de su intervención se levantó un sacerdote y le preguntó: «¿Qué nos recomendaría a nosotros, los curas jóvenes?». «¡Que seáis hombres!» respondió, para sorpresa de los presentes. Una respuesta cuyo eco se puede encontrar en la indicación que Benedicto XVI ofreció a los párrocos de Roma en su encuentro del 26 de febrero de 2009: «San Bernardo de Claraval, en su libro de reflexiones a su discípulo el Papa Eugenio, dijo: intenta beber de tu propia fuente, es decir, de tu propia humanidad. Si eres sincero contigo mismo y empiezas a ver en ti qué es la fe, con tu experiencia humana en este tiempo, bebiendo de tu propio pozo, como dice san Bernardo, también puedes decir a los demás lo que hay que decir. En este sentido, me parece importante estar realmente atentos al mundo de hoy, pero también al Señor presente en mí mismo: ser un hombre de este tiempo y a la vez un creyente de Cristo, que en sí transforma el mensaje eterno en mensaje actual».

Las cartas que ahora presentamos nos ayudan a entender esta insistencia y toda su fecundidad. Sólo la persona que vive intensamente las propias exigencias y la relación con todo lo que sucede es capaz de sorprender, en todo su alcance, la potencia de la novedad que Cristo trae al mundo.

En este Año Sacerdotal, que el Papa ha querido proponer a toda la Iglesia y cuyos frutos son bien visibles a todos, la figura de don Giussani nos pone delante una *forma sacerdotal* especialmente reveladora para nuestros días. Una experiencia sacerdotal que favorece el crecimiento en la certeza del ser cristiano, superando el dualismo moderno razón-fe y dotando al ministerio de una mayor incidencia.

Estoy convencido de que la lectura de estas cartas será una aportación significativa para la renovación de la vida sacerdotal en este inicio del Tercer Milenio.

10 de mayo de 2010
Memoria de San Juan de Ávila
Patrono del clero español

Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

NOTAS

¹ L. Giussani, *Dal temperamento un metodo*, BUR, Milano 2002, 360.

² Testimonio inédito. Archivo de Comunión y Liberación.

PREMISA

Varias veces me he cuestionado la pertinencia de publicar estas páginas de carácter tan personal. Al final lo que me ha llevado a superar la incertidumbre, ha sido pensar que su lectura podría ayudar sobre todo a los jóvenes que todavía creen en el valor de la amistad, entendida en su significado más verdadero, y a todos los que, en una sociedad que ha extraviado el sentido de los valores, están convencidos de la necesidad absoluta de recuperar la tensión por un Ideal capaz de ofrecer un sentido a la vida, para amarla y disfrutar de ella. Para el cristiano este Ideal es una persona: el Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo. Toda la experiencia humana, en cada una de sus expresiones, se clarifica y comprende gracias a Jesucristo; Él es el único que se toma en serio los problemas del hombre y los resuelve. Por ello, será necesario encontrarse con Él para que se convierta en una directriz viviente y operativa, para que invada todos los ámbitos, cada fibra de nuestro ser; será necesario encontrarlo para que llegue a ser parte de nuestra experiencia, de nuestra mentalidad.

Escribe santo Tomás: «*Sicut qui haberet librum ubi esset tota scientia non quaereret nisi ut sciret illum librum, sic et nos non aliud oportet quaerere nisi Iesum Christum*» (Ep. ad. Col., 2, 1)¹.

Esta es la enseñanza fundamental de las cartas de don Giussani que publicamos en este volumen; nos persuaden de que el hombre de hoy no necesita cosas nuevas, sino un modo nuevo de ver las cosas de siempre, y este modo nuevo es Jesucristo. Mi gratitud, llena de reconocimiento afectuoso, a don Giussani que sin descanso me lo ha recordado continuamente y, sobre todo, me ha dado testimonio de ello con su vida, con su fascinante y siempre juvenil entusiasmo.

Angelo Majo

Las cartas publicadas en este volumen son únicamente los primeros documentos (1944-1964) de un epistolario mucho más largo —que continúa hasta el presente (1997)— entre

Luigi Giussani, fundador del movimiento de Comunión y Liberación, y Angelo Majo, deán de la Catedral de Milán.

NOTAS

¹ «Como aquel que posee un libro en el que está contenida toda la ciencia, no busca más que aprender de dicho libro, así también nosotros no debemos buscar nada más que a Jesucristo».

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La edición original italiana fue publicada en 1997 con ocasión del 75º cumpleaños de Mons. Luigi Giussani (L. Giussani, *Lettere di fede e di amicizia*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1997). Sucesivamente ha sido publicada una nueva edición revisada (San Paolo, Cinisello Balsamo 2007), que ha constituido la base de la presente traducción.

Respecto al original italiano, la presente edición ha añadido al aparato crítico numérico original, un segundo aparato alfabético de notas (a, b, c...), con el objeto de facilitar algunas informaciones útiles al lector. En todos los casos se trata de indicaciones sobre las fuentes de los textos bíblicos, litúrgicos y literarios citados por don Giussani, de datos históricos de la vida de la Iglesia o de breves incisos sobre vocabulario y praxis ligadas a la vida sacerdotal cuyo significado puede no ser percibido inmediatamente por el lector medio.

Para situar adecuadamente el epistolario publicado en la biografía de Luigi Giussani y en su pensamiento, son de útil lectura:

— la nota biográfica oficial presente en la página web de Comunión y Liberación, y publicada en este volumen;

— L. GIUSSANI, *El movimiento de Comunión y Liberación. Una entrevista realizada en dos tiempos: 1976/1986 realizada por Robi Ronza*, Encuentro, Madrid 1987.

— M. CAMISASCA, *Comunión y Liberación. Los orígenes (1954-1968)*, Encuentro, Madrid 2002.

— A. SCOLA, *Luigi Giussani. Un pensamiento original*, Encuentro, Madrid 2006.

Gabriel Richi Alberti

MONS. LUIGI GIUSSANI^a
1922-2005

Luigi Giussani nace en 1922 en Desio, un pueblo de los alrededores de Milán. De su madre, Ángela, recibe la primera y cotidiana introducción a la fe. De su padre, Beniamino, perteneciente a una familia con una fuerte vena artística, tallador de madera y restaurador, Giussani recibe la invitación constante a preguntarse el porqué, la razón de las cosas. Giussani recuerda a menudo algunos episodios de su vida en familia, signos de un clima de gran respeto por la persona y de una educación activa en mantener despiertas las dimensiones verdaderas del corazón y de la razón. Por ejemplo, el episodio que le contempla todavía niño caminando con su madre bajo la primera luz del amanecer a la Misa matutina. Queda grabada en su memoria la repentina exclamación de su madre al ver la última estrella que brillaba en la creciente luminosidad del cielo: «¡Qué bello es el mundo y qué grande Dios!». O el amor de su padre, un socialista anarquista, por la música. Pasión que le lleva no sólo a solventar momentos de dificultad en la familia cantando arias célebres, sino también a privilegiar, a pesar de los pocos lujos de una situación económica modesta, la costumbre de invitar a casa el domingo por la tarde a algún músico para escuchar en directo algunas piezas.

Luigi Giussani entra en el seminario diocesano de Milán siendo muy joven, y continúa y finaliza sus estudios en la Facultad de Teología de Venegono, bajo la guía de maestros de la talla de Gaetano Corti, Giovanni Colombo, Carlo Colombo y Carlo Figini.

Además de la formación cultural y de las relaciones de estima y humanidad viva que median con algunos de sus maestros, Venegono será para Giussani un ámbito importantísimo para llevar a cabo una experiencia de amistad con algunos de sus compañeros, como Enrico Manfredini, futuro arzobispo de Bolonia, en el descubrimiento común del valor de la vocación, valor que se realiza en el mundo y para el mundo.

Son años de estudio intenso y de grandes descubrimientos. Como la lectura de Leopardi que, según cuenta don Giussani, acompañaba a veces su meditación después de comulgar. En aquellos años se refuerza la convicción de que la cima de todo genio humano (se exprese como se exprese) es profecía, a menudo inconsciente, del acontecimiento de Cristo. Así le sucede que lee el himno *A su mujer* de Leopardi como una especie de introducción al prólogo del Evangelio de san Juan, y reconoce en Beethoven y en Donizetti expresiones vivísimas del eterno sentido religioso del hombre.

Desde entonces, el reclamo a que la verdad se reconoce por la belleza con que se manifiesta

formará parte para siempre del método educativo del movimiento. En la historia de CL se puede hablar de un privilegio otorgado a la estética, entendida en el sentido más profundo, tomista, del término, respecto a la insistencia en el reclamo de orden ético. Desde los años de seminario y de estudio, don Giussani aprende que sentido estético y ético provienen ambos de una correcta y apasionada claridad en lo que concierne a la ontología. Y que un gusto estético vivo es el primer indicio de dicha claridad, como muestra la más sana tradición católica y ortodoxa.

La observancia de la disciplina y el orden en la vida del seminario se sumará a la fuerza de un temperamento que se distingue, en el coloquio con sus superiores y en las actividades con los compañeros, por su vivacidad y agudeza. Por ejemplo, promueve junto con algunos compañeros una revista interna titulada *Studium Christi*, un intento de dotar de un órgano de expresión a un grupo de estudiantes dedicado a descubrir la centralidad de Cristo en la comprensión de cualquier disciplina.

Una vez ordenado sacerdote, don Giussani se queda como profesor en el mismo seminario de Venegono. En esos años se especializa en el estudio de la teología oriental (especialmente la eslava), de la teología protestante americana y en la profundización de las motivaciones racionales de la adhesión a la fe y a la Iglesia.

A mediados de los años 50 abandona la enseñanza en el seminario por la escuela media superior. Durante diez años, desde 1954 hasta 1964, enseña en el Liceo Clásico «G. Berchet» de Milán. Comienza a desarrollar entonces una actividad de investigación y de publicaciones, dirigida a centrar la atención dentro y fuera de la Iglesia en el problema educativo. Entre otras cosas, redefinirá la voz «Educación» para la Enciclopedia Católica.

Son los años del nacimiento y de la difusión de GS (*Gioventù Studentesca*). Desde 1964 hasta 1990 ocupará la cátedra de Introducción a la Teología en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán. En más de una ocasión es enviado por sus superiores a los Estados Unidos durante breves periodos de estudio. En particular, en 1966 pasó algunos meses allí para profundizar sus trabajos sobre la teología protestante americana, periodo al que corresponde, en edición académica, una de las raras publicaciones sobre el tema con el título de *Grandi linee della teologia protestante americana. Profilo storico dalle origine agli anni '50*.

Guía el movimiento de Comunión y Liberación, presidiendo el Consejo General (conocido comúnmente como «Centro»).

Preside además la Diaconía Central, órgano directivo de la Fraternidad de Comunión y Liberación, asociación reconocida por el Pontificio Consejo para los Laicos en 1982.

Finalmente, alienta y guía la experiencia de los *Memores Domini*, una asociación laical también reconocida por el Pontificio Consejo para los Laicos (1988). Dicha asociación reúne a personas de CL que han elegido la consagración a Dios en la virginidad.

Es consultor de la Congregación para el Clero y del Pontificio Consejo para los Laicos.

Fue nombrado monseñor por Juan Pablo II en 1983 con el título de Prelado de honor de Su Santidad.

Es autor de numerosos ensayos que han sido traducidos a diversas lenguas: inglés, francés, español, alemán, ruso, polaco, portugués, eslovaco, esloveno, húngaro, griego y albanés. Con ellos se han formado ya miles de jóvenes y adultos.

Desde 1993 dirige la colección «I libri dello spirito cristiano» para una de las más importantes editoriales italianas, la Rizzoli RCS.

Desde 1997 dirige la colección discográfica «Spirto Gentil» realizada en colaboración con la Deutsche Grammo-phon, que goza de un notable éxito documentado por las cifras de venta y por numerosas reseñas en revistas especializadas.

En 1995 se le asignó el Premio Internacional de la Cultura Católica.

En el 2001 con ocasión de la décima edición de la «Corona Turrita», el querido reconocimiento de la ciudad de Desio para sus ciudadanos ilustres, viene entregado el premio a don Luigi Giussani.

El 11 de febrero del 2002, con ocasión del vigésimo aniversario del reconocimiento Pontificio de la Fraternidad de Comunión y Liberación, el Santo Padre Juan Pablo II escribe a don Giussani una extensa carta autógrafa.

En el mismo año, el Presidente de la provincia de Milano, On. Ombretta Colli con la presencia del Cardenal Dionigi Tettamanzi, entrega a don Giussani el premio «Isimbardi» medalla de oro del reconocimiento, mientras que los jóvenes del Ayuntamiento de Bassano del Grappa le otorgan la ciudadanía honoraria.

En el 2003 don Giussani recibe el Premio Macchi, dado por la Asociación de padres de Escuelas Católicas con el que se distingue en el ámbito de la educación.

En el 2004, con ocasión del quincuagésimo aniversario del nacimiento de Comunión y Liberación, el Santo Padre Juan Pablo II escribe una extensa carta a don Giussani fechada el 22 de febrero del 2004.

El 16 de marzo del mismo año, durante la quinta edición de la fiesta del Estatuto de la Región de la Lombardía, don Luigi Giussani es premiado con uno de los dieciséis sellos Longobardi que son entregados a aquellos ciudadanos que se han distinguido por méritos particulares en el ámbito social.

Muere el 22 de febrero de 2005 en su casa de Milán. El 24 de febrero, el entonces cardenal Joseph Ratzinger preside el funeral en la Catedral de Milán como enviado personal de Juan Pablo II, y pronuncia su homilía ante cuarenta mil personas.

Don Giussani está enterrado en el Cementerio Monumental de Milán. Desde entonces no se ha interrumpido la peregrinación constante de personas a su tumba.

NOTAS

^a Biografía oficial publicada en la página web internacional de Comunión y Liberación: www.clonline.org

Amicus fidelis, protectio fortis;
qui autem invenit illum, invenit thesaurum.

Amico fideli nulla est comparatio...
Amicus fidelis, medicamentum vitae
at immortalitalis (Eclo. 6, 14-16)

Beatus qui invenit amicum verum (Eclo. 25, 12)

O Jesu Amice personalis
O Jesu Amice immortalis

*Amigo leal es refugio poderoso;
quien lo encuentra, encuentra un tesoro.
Amigo leal no tiene precio...
Amigo leal es remedio de vida,
y de inmortalidad*

Dichoso quien encuentra un verdadero amigo

*Oh Jesús, amigo personal
Oh Jesús, amigo inmortal*

CARTAS DE FE Y DE AMISTAD

¡Viva Cristo Rey!^a

Venegono, noviembre de 1944

Querido hermano:

Abriendo la maleta, que me dieron ayer mis padres, encontré esta cajita: será un detalle de mi hermana.

Perdóname si me permito mandártela para tu hermano menor, que está en el hospital.

Me hubiese dado reparo hacerlo si no supiese que eres tan bueno y atento como para comprender también lo que no se ve.

Porque las cosas que se hacen con el corazón son un gran símbolo: incluso si son pequeñas, nimias.

No habría podido jamás imaginarme que todavía te acordases de la «*goutte d'eau qu'on peut bevoir*»^{2b}. Por eso, el gozo ha embargado mi alma, pensando que nunca podrás llegar a ser tan malo como para olvidarte de que cada uno de nosotros, en este mundo, tiene muchas personas que le quieren con sinceridad, y desinteresadamente, y que ellas son el envoltorio sensible y simbólico de Uno que nos ama con un amor tremendo, hasta perseguirnos con celos y pasión.

Y lo hace porque tiene sobrado derecho de hacerlo.

...Este es uno de los casos en los que siento honda pena de no haber padecido jamás crudos sufrimientos, para merecer el derecho a hablar eficazmente a quienes los han padecido.

Suplico ardientemente a mi Señor Jesucristo que haga de mí un sacerdote privado de todo, para poder decir a quien estará privado de todo: «¡créeme, hermano!».

Per Crucem ad lucem
per aspera ad astra^c.

Tuyo afectísimo hermano-díacono

NOTAS

^a El encabezamiento «¡Viva Cristo Rey!» aparece en las primeras veinticinco cartas (a excepción de la número 7), es decir, aquellas comprendidas entre los meses de noviembre de 1944 y de junio de 1949. Se trata de una expresión usada muy frecuentemente por los mártires del primer tercio del siglo XX, especialmente en la persecución religiosa de México —la persecución de los «cristeros» (1926-1929)— y en la persecución religiosa de la Guerra Civil española (1936-1939). El 11 de diciembre de 1925, el Papa Pío XI publicó su primera encíclica —*Quas prima*— dedicada a la realeza de Cristo. Con ella quedó instituida la fiesta litúrgica de Cristo Rey: «*Por tanto, con nuestra autoridad apostólica, instituímos la fiesta de nuestro Señor Jesucristo Rey, y decretamos que se celebre en todas las partes de la tierra el último domingo de octubre, esto es, el domingo que inmediatamente antecede a la festividad de Todos los Santos. Asimismo ordenamos que en ese día se renueve todos los años la consagración de todo el género humano al Sacratísimo Corazón de Jesús, con la misma fórmula que nuestro predecesor, de santa memoria, Pío X, mandó recitar anualmente*», *Quas primas* n. 30.

² «Gota de agua que se puede beber».

^b La referencia es al poema de Victor Hugo *La source tombait du rocher*, publicado en *Les Contemplations* (Libro V. *En marche*, n. 6), y fechado en abril de 1854.

^c «A través de la cruz hasta la luz, a través de lo difícil hasta las estrellas»: la máxima latina une la referencia al misterio pascual (muerte y resurrección) —la misma referencia se encuentra, por ejemplo, en la conclusión del n. 9 de la Constitución sobre la Iglesia *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II— con la sabiduría clásica.

¡Viva Cristo Rey!

Desio, mayo de 1945

Querido amigo:

Recibí esta mañana tu carta, tan agradecida como inesperada. Inesperada: porque, quizá, el recuerdo de tu amistad es tan querido para mí, que no me atrevía a esperar que fuese recíproco. Me da pena no poder encontrar la carta que empecé a escribirte hace quince días, en cuanto llegué a casa: hacía mucho que esperaba tu onomástico, como un queridísimo pretexto. Pero... tuve que guardar cama también de vuelta a casa...

Una vez pasados el 1 y el 2 de abril, perdí la esperanza: quise conservar las líneas iniciales para podértelas mostrar en su momento, y siento de veras no encontrarlas.

No sé cómo agradecerte que me hayas sacado del apuro, escribiéndome tú. Porque desde que el Señor te ha probado tan duramente, te has convertido para mí en un recuerdo casi sagrado: al pensamiento del trágico acontecimiento, se une el de tu agudísima sensibilidad de ánimo; y entiendo qué valor puede brotar de ello, qué angustia aturdida puedes experimentar. ¿Cómo atreverme a escribirte? ¿Qué decirte? En unas circunstancias así, las palabras de otros pueden parecer superficiales, formales, sin comprensión, sin amor. incluso cuando, por el contrario, encierran esa comprensión y ese amor, ¡y hasta qué punto!

Quizá incluso llegando a llorar, verdaderamente, por ti. En cambio, he agradecido con gozo inmenso a Nuestro Señor Jesucristo el que hayas sabido vivir con amor tu dolor. Porque Él me ha empujado de este convencimiento dulcísimo: que para amar es necesario hacerse semejantes, idénticos. Él está en la cruz: el Ideal supremo de nuestra vida es el ansia, la obsesión casi, de subir también nosotros, para poder «ser una sola cosa con Él»^a. Es el gozo más sereno de la vida, el mayor acto de caballería hacia Él, que es el Infinito y único Amor personal: «Oh Jesús, esperanza mía, sumérgeme en el abismo de tu amor», clamaba Jacopone^b. Amigo personal, en carne humana como la nuestra, que se puede besar y abrazar. Probarás este gozo perfecto cuando seas subdiácono para siempre: «Oh flor de la castidad, que sola sostiene el amor»^c, Jacopone es uno de nuestro mejores poetas. Siento tener que dejar de escribir. Dentro de pocos minutos vuelvo al Seminario. Disculpa las palabras que te he dicho: son como el desahogo con un amigo. Dentro de algunas semanas

seré sacerdote^d. Tu mejor regalo será que reces algunas Ave Marías, para que sean toda mi vida.

Un saludo afectísimo en Cristo
Tuyo don Luigi Giussani

NOTAS

^a La expresión italiana original —«*poterci impastare con Lui*»— implica la referencia a la *masa*, es decir, a amasar ingredientes diferentes. Se trata de una referencia muy familiar en la cultura italiana, sobre todo de aquellos años, que no encuentra reflejo directo en español. La expresión «ser de la misma pasta», en efecto, dice que se es de la misma manera, pero no la misma cosa. Por esta razón hemos propuesto la traducción «ser una sola cosa». Traducción que será retomada en otras ocasiones.

^b Jacopone da Todi (1236-1306), uno de los principales autores italianos de poesía religiosa en la Edad Media, conocido por sus célebres *Laudas*.

^c Primer verso de la *Lauda* «*De la castità, la quale non basta a l'anima senza l'altre virtute*», en Jacopone da Todi, *Tutte le laude*, Carlo Grassetti Editore, Todi 1994, 94-95.

^d Don Giussani recibió la ordenación sacerdotal el 26 de mayo de 1945 de manos del Beato Alfredo Ildefonso Schuster, arzobispo de Milán.

¡Viva Cristo Rey!

Venegono, 20 de julio de 1945

Querido hermanito^a:

Hace mucho tiempo que quería escribirte. No me acuerdo cuánto: quise dejarte acabar los exámenes. Pero, ¡al menos escribirtel, que es el consuelo de los amigos que están lejos. Un consuelo... indefinido, porque se percibe cercano al amigo no sólo mientras le escribimos, sino que el corazón parece permanecer en contacto, con gozo y vigilante espera, también cuando la carta ha salido, durante días y días, quizá durante semanas enteras, porque, aun en medio de los quehaceres de la vida cotidiana, nuestro ánimo mantiene un margen, remoto pero vivo, de espera, de afectuosa expectación. «¿La habrá recibido hoy? ¿Mañana? ¿Me contestará? ¿Su respuesta estará ya de camino? Etc.» De tal manera que así vivimos cerca del amigo, con un interés más concreto de lo habitual. Porque deseáramos estar siempre cerca del amigo, pues todo lo que es bueno, bello y verdadero, es un símbolo de Él. ¡Oh ciertamente no existe un símbolo más directo y concreto que la amistad! Más aún, la amistad es más cierta y verdadera cuanto más es para nosotros un símbolo vivo de nuestro vínculo inenarrable con Él. Y toda la actividad y la alegría, la felicidad, el trabajo, el ansia de nuestra vida, no tienen que ser más que el esfuerzo apasionado por comprender, por sentir, por querer cada vez más este vínculo personal con el Amor Infinito. Y nuestra melancolía es la de no poderle ver, sentir y tocar, como las cosas de aquí abajo; de tal manera que demasiadas veces los símbolos intentan prevalecer, y diluir en la niebla terrena la tensión al abrazo apasionado hacia Él. Una vez que se llega a ser Sacerdote, esta melancolía se convierte en algo agudísimo, porque entonces se percibe que se es *Unum*, una sola cosa con Él. Que ya no hay nada, ni siquiera la divinidad que sea sólo Suyo. En la Consagración, en la Confesión, el Sacerdote, ¿acaso no cumple actos divinos^b? ¡Qué gozo! En el pasado, por la noche, antes de dormirme, sacaba la cabeza de las mantas, para enviar un beso al sagrario donde se encontraba la Hostia que recibiría en la comunión a la mañana siguiente. Ahora, ya no lo lanzo a una iglesia, el beso lo lanzo al cielo, pues el Amigo viene directamente desde allí. «Que Él sea hoy toda tu vida». Tú, como amigo mío, ¿has deseado alguna vez para mí algo similar? Espero que los exámenes hayan ido bien. ¿Cómo va tu salud? El sábado por la tarde bajo a Milán, porque el domingo voy a la Parroquia de la Barona para la Santa Misa. Saluda de mi parte a tu hermano. Espero volver a verte en agosto, durante todo un mes. Pido al Señor Jesús que se haga percibir, para que conserve nuestros corazones colmados de alegría.

Cúdate mucho.
Tuyo don Luigi

NOTAS

^a Don Giussani recurre en el original italiano a un juego de palabras: «*fratel-lino*». Esta expresión, en efecto, contiene en sí tanto la referencia al término «hermano» (*fratello*), como el diminutivo familiar de Angelo (Angelino, *lino*), nombre del destinatario de la carta.

^b El autor expresa existencialmente la doctrina católica según la cual el sacerdote actúa «*in persona Christi*».

¡Viva Cristo Rey!

6 de agosto de 1945

Sólo para asegurarte que el día 2 de agosto estuvo lleno de tu recuerdo: como si fuese el aniversario de mi propio nacimiento.

Sólo para asegurarte que el día 2 de agosto, he agradecido con gozo a nuestro Señor Jesús, como si fuese la conmemoración de uno de mis mayores dones personales. Contempla la figura inicial de la tercera oración *ante communionem* de la edición nueva del misal. Haz de ella el símbolo de tu vida: serás feliz, y mi felicidad será colmada.

Frater

¡Viva Cristo Rey!

Finales de agosto de 1945

Querido amigo:

No sé cómo agradecerte el sugerente acto de amistad que supone para mí tu invitación. Pasar un día juntos sería verdaderamente hermoso...

Sería tan bello que tengo la fortísima tentación de responderte que sí. Pero, con lealtad, no puedo atreverme a tanto. Sin embargo, ya que el 7 de octubre está un poco lejos y será problemático poder ir, el próximo jueves, el 20 de este mes, podré pasar por Gorla, porque, acabando los exámenes el martes, el jueves por la mañana quiero ir a Monza. Por ello, me pararé en tu casa parroquial o por la mañana, como mucho hacia las 9, o por la tarde hacia las 4. Así podrás acompañarme a visitar a tus queridos difuntos, y si pudiera saludar a tu madre sería para mí motivo de gran alegría. Si ya estuvieses comprometido para aquel día, llámame por teléfono, si puedes, a la Parroquia de la Barona el domingo 16 de este mes. Y si no puedes, no pasa nada, querrá decir que me volveré directamente... Y ahora vuelvo a mis libros, y pienso que, desde marzo hasta hoy, excepto el breve paréntesis de la primera Santa Misa, estoy aplicándome al estudio con una intensidad extrema, en todo semejante a la de la selectividad clásica. ¿Estoy cansado?... Esta limitación, esta soledad, esta silenciosa y fatigosa renuncia a la expansión viva de la impetuosidad del afecto que bulle en mi corazón, es verdaderamente un gran sacrificio. Lo haría durante toda mi vida. Precisamente porque es puro sacrificio, sacrificio agudísimo, silencioso e ignorado sacrificio. Lo único que da felicidad a los hombres es la Cruz, nuestra Cruz, y sólo ella, y yo no quiero ser otro *trompeur*^a, como dice Balzac, de mis pobres hermanos los hombres. Y lo sería cada vez que renunciase a toda intensidad de sacrificio y de Cruz.

Yo no quiero vivir inútilmente. Es mi obsesión. Y además, entre dos amigos profundos, ¿qué se desea? La aspiración de la amistad es la unión, es la de identificarse, llegar a ser una sola cosa, llegar a ser la misma persona, tener la misma fisonomía del Amigo. Pero Jesús está en Cruz; el mayor gozo de nuestra vida es el que descubrimos en cada pequeño o gran sufrimiento: «Mira, ahora eres más semejante», más «una sola cosa con Él». La vida por la felicidad de los hombres, por la amistad de Jesús. Querido amigo, ¿una bendición? Mira, yo extendiendo los brazos y te la envío con toda la pasión del corazón: sólo para que también ella sirva a concederte una única ansia en la vida, la amistad de Jesucristo, la felicidad de los

hombres.

Y todo el resto, *vanitas vanitatum*^b.

Saluda con reverencia a tus padres. Saluda a tu hermano. Y tu hermana, ¿cómo está?

Un hasta pronto fraternal
don Luigi

NOTAS

^a Estafador.

^b Inicio del Eclesiastés (1,2). La versión latina citada por don Giussani corresponde a la llamada *Vulgata*, versión utilizada en la liturgia y en la teología en dicho tiempo.

¡Viva Cristo Rey!

2 de septiembre de 1945

Querido amigo:

Disculpa si te escribo tan deprisa. Es tarde y tengo muchísimo que hacer. Hubiese ido a verte también esta tarde, pero como no habríamos podido acercarnos al cementerio, el plan me habría parecido incompleto.

Por tanto, espero el anuncio prometido, al máximo tendré que esperar hasta la primera semana de octubre. Te aseguro que también para mí supuso un gran sacrificio, porque lo esperaba con intensísimo gozo. Pero para nosotros, los mayores sacrificios se tornan siempre en alegría, más aún, se transforman en los mayores gozos, porque llegan a ser un gran acto de amor. Y he ofrecido este sacrificio, es decir, este acto de amor, por las muchas almas de mis hermanos los hombres, por cuya felicidad el Señor Jesús murió, por cuya eterna felicidad el Señor Jesús me llamó consigo a dar mi vida^a. Llevo más de dos horas escuchando pasar los tranvías y los camiones cargados de hombres y mujeres que han acudido a los bosques de Mariano para la «Fiesta de *L'Unità*»^b. Y lloro, lloro como un niño. El Señor Jesús nos ha traído al mundo para la felicidad, ¿por qué tanta gente se fabrica una ilusión efímera que les llevará a la infelicidad eterna? Desde hace muchos años lloro sólo por dos motivos: el pensamiento de la infelicidad eterna de mis hermanos los hombres y el pensamiento de la infelicidad terrena de los hombres, símbolo de la eterna. A nosotros Jesús nos ha elegido para gritar en el mundo su amor y la felicidad de los hombres: la gran e inenarrable felicidad que nos espera. Verdaderamente, como decías, hagámonos buenos, no digamos jamás no, por amor de Jesús —¡piensa!, Jesús, el Amor infinito, como nuestro anhelo, el adolescente divino, nuestro amigo, nuestra pasión— y por amor de los hombres: ¿al infierno los hombres? ¡No, no, no! ¿También tu hermanita está gravemente enferma? Yo te miro con respeto, el Señor es extraño contigo, tiene una debilidad por ti. Con tantos dolores, uno detrás de otro, te ha querido separar de ese mundo encantado, pero quizás demasiado humano, en el que tu alma sencillísima vivía: para darte, junto a la sensación de la precariedad de las cosas humanas y de la persona humana, la percepción de su imponente Persona. Me alegro mucho de que tu hermana esté bien. Estoy convencido de que darás a tus padres todo el afecto que puedas, para que entre tantos dolores puedan percibir que el Señor concede también muchas gracias. Perdóname, saluda de mi parte a tu hermano y con reverencia a tus padres, y ten por seguro que en la Misa me acordaré «*Explicite*» de tu

hermana. Y si quieres darme gusto, mira la figura de la tercera oración «*ante communionem*».

Tuyo don Luigi

NOTAS

^a Se trata de una referencia a la vocación sacerdotal que expresa la unidad de sacerdocio y sacrificio en Cristo y, por tanto, en los ministros ordenados. Cf. Agustín, *De Civitate Dei* X, 6.

^b El diario *L'Unità*, órgano oficial del Partido Comunista de Italia, organizaba, normalmente en el período de verano, verbenas populares.

Octubre de 1945

«Amor, Amor Jesús, llegado he al puerto,
amor, amor Jesús, tú me guiaste;
amor, amor Jesús, dame consuelo,
amor, amor Jesús, puesto que así me enardeciste;
amor, amor Jesús, pensad cuánto lo necesito,
y hacedme estar, amor, siempre abrazado,
transformado contigo
en verdadera caridad,
y en suma verdad
de amor transformado»^a.

«¡Oh castidad! Flor
que sostiene el amor»^b.

Veni, Domine Iesu^c.

Yo no soy un poeta como tú, pero me alegro de tu superioridad como si fuese mía. Yo no soy poeta, he pedido a fra Jacopone que me prestase algo.

NOTAS

^a Versos de la *Lauda* «*Come l'anima si lamenta con Dio de la carita superbamente in lei infusa*», en Jacopone da Todi, *o. c.*, 185-193.

^b Primer verso de la *Lauda* «*De la castità, la quale non basta a l'anima senza l'altre virtute*», en *ibid.*, 94-95.

^c «Ven, Señor Jesús», Ap 22, 20.

¡Viva Cristo Rey!

Milán, 13 de octubre de 1945

Querido amigo:

No puedo dejar de darte las gracias por el pasado lunes: me hiciste un regalo tan profundo que aquí me tienes, delante de ti, con las manos juntas y sin saber qué decir. Ves, cada gesto de delicadeza me parece... mejor dicho, lo percibo como algo tan bello que me conmueve, me entusiasma, y creo que no exista nada que pueda darme mayor alegría. Es como si, por un momento, viese el rostro de un ángel. Y no es que tú «hagas actos buenos», todo tú eres un acto bueno. Perdóname, pero me parece que, desde hace algún tiempo, quizá desde que Dios te puso a prueba tan duramente, vayas ganando en bondad. Ciertos detalles, quizás algo egoístas, que creí haber visto en ti hace tres años, en esos pocos días del final de primero de bachillerato y durante el segundo curso, han desaparecido en una cálida, profunda y tenaz disposición de delicadeza y de bondad, que va configurando cada vez más tus relaciones con los demás. Creo que si dieras a esta bondad, a este finísimo sentimiento de las cosas y de los hombres, cada vez más conscientemente, con mayor decisión y celo, los rasgos vivos del Amigo, la pasión única y terrible por Él, una generosidad ardiente y crucificada, llegarías a ser grande, un corazón generoso, un combatiente por la felicidad de los hombres; estarías siempre sereno y feliz. Te envidio y te admiro, con todo el entusiasmo de un amigo. Dentro de pocas horas, comenzarás a estudiar teología: que sea una continua adoración de Él.

Tendrás que dejar costumbres consolidadas, lugares amados, superiores a los que has querido mucho; quizá tendrás la impresión de encontrarte un poco aislado (te hablo de mis recuerdos): comprenderás quizá más adelante, qué maravilloso entrenamiento y evolución en el amor por Él van a ser tus estudios de teología. El amor se encierra sólo en el acto que estamos realizando: cualquier acto; y cuanto más silencioso y limitado respecto al deseo desbordante y expansivo del corazón, mucho más «amor». Son las cosas que me digo a mí mismo, que voy a S. Pietro M. Es el gozo de sentirse más «Crucificado». No te puedes imaginar la alegría que me dio ver a tu madre: ante ella me quedé cortado, confuso... Y mientras volvía a casa —como hoy— pensaba que si existiese algo terreno a lo que adorar, serían las madres: ¿de dónde ha brotado la infinita riqueza de tu corazón, de tu pensamiento, de tus ansias, sino de su Seno? ¿Quién te ha educado así?... En cuanto la veas, dile algo en mi nombre: háblale de mi veneración. ¿Cómo es posible pensar que no existe

una eternidad feliz para almas como la de tu madre?

...Y para los corazones de las más de 250 madres de Gorla¹ que estaban allí el lunes; y para nuestros corazones de hombres, colmados de nostalgia, de inefables ansias...

O Jesu mi dulcissime, spes suspirantis animae, te quaerunt piae lacrymae et clamor mentis intimae^{2a}...

Con mis deseos más fervientes
Tuyo don Luigi

NOTAS

¹ El 20 de octubre de 1944, en el colegio de primaria de Gorla I, murieron 220 niños con sus maestros a causa de un bombardeo aéreo.

² «Oh Jesús mío dulcísimo, esperanza del alma anhelante, te buscan las pías lágrimas y el clamor más profundo del corazón».

^a Estrofa del himno latino *Iesu dulcis memoria*, recitado en la antigua fiesta del Dulce Nombre de Jesús.

¡Viva Cristo Rey!

Desio, diciembre de 1945

Querido amigo:

Creo que tu bondad agradecerá igualmente el pensamiento de quien quiere ser tu mejor amigo, aunque lo escriba con mano temblorosa por la fiebre que no me abandona desde hace 50 días con sus inexorables 38° y más.

Quisiera estar allí para poder verte y compartir tu alegría: porque no hay mayor gozo que ver el gozo de un amigo querido.

Quisiera estar a tu lado para poder admirarte y festejar también yo, último entre todos, pero con un entusiasmo mayor que el de todos los demás.

Quisiera estar presente para poder besar el primer signo «oficial» del amor entre Él y tú. Es el primer abrazo y el primer beso que os habéis dado: es la «promesa», la promesa del gran subdiaconado^a. En ese momento sabrás que el Señor te ama con celos; y yo, entonces, al menos te besaré los pies. A partir de ahora, tendré más veneración por ti: me infundirás mayor respeto... Pero también un vínculo de afecto inmensamente superior al de antes; Él, mi amor, ha comenzado a *tomarte* también a ti... Y mientras paso mi Navidad guardando cama en mi pequeña habitación en el hospital de Desio, rezaré al Amor que nace Niño, para que conserve siempre en ti la pasión de este primer beso con su Rostro Infinito. Me parece que te estoy viendo en casa con tu madre (cuando pienso en la alegría que me daba pensar en conocerla, y en la timidez que aquel día en el cementerio me cerró la garganta impidiendo que salieran las palabras. casi me enfado conmigo mismo), con tu padre (aquella vez que fue al trabajo, ¿no tuvo consecuencias?), con tu hermano, con tus queridas hermanitas. ¿Estáis todos bien? Estoy seguro de ello, ¡después de tantas pruebas! Y, confiando en ello, pruebo tal gozo sabiendo que estás contento, que mi alegría es mayor que si pasase la Navidad sano y en mi casa.

¿Lo crees, verdad? Yo no tengo la finura que tú tienes: pero en el amor por mis hermanos los hombres (¡imagínate por los amigos!), no puedo ser menos que tú. ¿Acaso no estamos en el mundo para amarle a Él y para la felicidad de los hombres?

¡Es maravilloso que Jesús nos haya llamado juntos para esta misión!

Felicita a todos los tuyos. Y a ti te deseo que tu tonsura sea siempre símbolo de realidad.

Recuerdo a tus queridos seres difuntos como si fuesen los míos. Y, si llegase a morir, quiero que te acuerdes de mí junto con ellos.

Tuyo don Luigi

NOTAS

^a Antes de la reforma del Concilio Vaticano II, el subdiaconado constituía el paso al estado de clérigo. Un paso que era visiblemente expresado con la práctica de la tonsura (pequeña porción de la cabeza afeitada normalmente de forma circular, llamada también coronilla).

¡Viva Cristo Rey!

Desio, 3 de junio de 1946

Querido amigo:

La primera vez que he llorado de dolor y de melancolía durante mis 65 días de enfermedad ha sido antes de ayer al leer tu carta. La recibí a las 11. La abrí con el gozo colmo de ternura con el que recibo tus cartas, e inmediatamente la volví a cerrar, para tener más tarde el gozo de leerla. Siento sobre mí todo el peso de la tentación de tristeza y soledad que te envolverá la tarde de vuelta al seminario. Y así yo agarro tus manos, miro tu rostro bueno y te digo de todo corazón como a un hermano: «tú sabes cómo desearía arrancarte del corazón la angustia que te oprime, quitártela y apropiármela». No debería atreverme a escribirte en estas circunstancias, yo que, hasta ahora, no he tenido que llevar cruces tan duras en mi vida; mientras tú has sufrido mucho, en tu alma extremadamente sensible. Pero es demasiado grande mi amistad contigo, te quiero demasiado como para poder callar. En mi primera Misa rogué al Señor una sola cosa: que me mantuviese en la Cruz con Él. Porque la amistad es de tal naturaleza que nos inquieta pensar que somos distintos del amigo: es preciso ser uno lo más posible, ser idénticos: unidos y asimilados el uno al otro, ligados el uno al otro como la luz lo está a los perfiles de las cosas; y si Él está en la Cruz, todo mi orgullo debe ser identificarme con Él... Perdóname, pero me parece estar tan plenamente convencido de ello, que casi me atrevo a decir que la situación que te encontraste en tu casa fue un extraño don de Aquel al que amas... Pido por él como si se tratase de mi padre. Y cuando recuerdo la última parte de la carta que te escribí en Navidad, y la ironía dañina que tuviste que vislumbrar en ella, me siento humillado. Pero sólo quería decirte que de ti tengo el sentimiento. que tengo de mí mismo. Tommaso se lamenta porque tiene que irse. Quisiera ir con Él sólo para verte. Dime esa pequeña palabra que has escrito antes de mi nombre: «queridísimo...». «Tuyo».

don Luigi

P.D. 1) El día de Navidad —¡qué curiosa coincidencia!— fue precisamente el día que empecé a estar mejor.

2) Encomiéndate siempre al San José que tenéis en Teología: verás que obtendremos la gracia para tu padre. A mí me ha concedido muchas gracias.

3) Encomiéndate también a la Virgen de los Jesuitas: «*Mater divinae gratiae*».

Pídele su estampa a Lattanzio¹ o a p. Mauri².

NOTAS

¹ Don Giuseppe Lattanzio, vicedirector y sucesivamente profesor de Latín y de Griego (1948-1957) en el Seminario Menor de Venegono Inferior.

² Don Giuseppe Mauri, director espiritual en el Seminario Mayor de Venegono Inferior (1935-1956).

¡Viva Cristo Rey!

9 de enero de 1946

Querido amigo:

Aprovecho la ocasión para agradecerte tu última carta: si supieras cómo me ha conmovido, me escribirías siempre... con lápiz. Me hizo feliz ese gesto exquisito de tu amistad: escribirme durante los momentos más preciados de tus vacaciones, los últimos. Yo sigo rezando —de modo especial a San José— por tu padre: te ruego que de vez en cuando me hagas saber cómo está; basta que se lo digas a Tommaso, el cual escribiendo a su casa puede pedir a su madre que me ponga al día. ¡Quién sabe cuándo volveré a verte! Pero, si durante estas vacaciones percibiste que estaba cerca de ti, verdaderamente lo estuve, cerquísima, siguiéndote en todos los avatares de estas últimas travesías de tu vida, deseando tan solo que, en la ardiente unión de nuestras almas amiguísimas, se perciba cada vez más vivo el palpito de Aquel que nos ha creado, que nos ha llamado, que nos ha hecho capaces de amarlo.

«Alteza, no olvidéis jamás los ideales de vuestra juventud», decía el marqués de Puena a Carlos V cuando era adolescente. Te aseguro que la juventud se halla toda en la infinitud de los deseos y de los sueños que ahora agitan tu magnífica alma. Te aseguro que Él nos concede la posibilidad de realizarlos: y que nuestra juventud no cesa *jamás*. Durante el bachillerato me decían «fuego propio de la adolescencia», entonces ¿cómo es que ha crecido? Y la juventud está en saber sufrir: porque esa es la más alta realización de AMISTAD, o *Jesu dulcis...*^a.

Perdóname, encomiéndame a la Virgen, vive «loco» —¡dichosa locura!— con alegría.

Siempre tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

^a Se trata de nuevo de una referencia al himno *Jesu dulcis memoria*.

¡Viva Cristo Rey!

Desio, 20 de febrero de 1946

Querido amigo:

Aunque desde hace mucho, mucho tiempo, no acaricia mi rostro el sabor acerbo, ¡pero tan familiar!, de los bosques de Venegono, lo he vuelto a percibir profundamente en mi corazón leyendo tu querida carta.

Me propuse contestarte detenidamente, pero me advirtieron que el correo saldría un día antes de lo previsto: no pasa nada. Incluso cuando nos vemos, ¿qué es lo que nos decimos? Prácticamente nada: pero los dos sabemos muy bien lo que hay dentro del otro. Demos gracias a Dios por tu padre: yo sigo encomendándolo a San José. Tu penúltima carta me dejó pensativo; pero la última me levantó los ánimos. Nosotros comprendemos el amor sólo a través de los «dones» —los «regalos» que otra persona nos hace. El heroísmo de la fe nos hace ver un don, más aún el mayor don, también en la Cruz. Pero exige un esfuerzo, una dura fatiga: si el don que nos brinda el Amigo divino es, a la vez, humanamente placentero, entonces para nuestra flaqueza es más fácil ver y percibir que Él está cerca.

Es lo que pensé y me alegró el alma al leer las buenas nuevas que me dabas. Y pido a Dios de todo corazón que te ayude con la Sabiduría y el Amor que sólo Él puede tener, con dones y gracias que sean también naturalmente placenteras: para que te sacies de Él de manera tan incurable que sientas que estás ligado a Él para siempre: también en la Cruz, que es la flor más hermosa de la felicidad cristiana en este mundo. Y tú ¿cómo estás? Y la teología, ¿sigue gustándote como antes de Navidad?

Yo voy mejorando. Y mi mayor sacrificio es la humillación de estar enfermo.

Te saludo con toda la cordialidad de nuestra amistad.

Tuyo don Luigi

¡Viva Cristo Rey!

Varigotti, 11 de abril de 1946

Querido amigo:

No sé desde hace cuándo, día tras día, esperaba escribirte. Y ahora que lo hago, me dicen que vuestras vacaciones comienzan pasado mañana. Por eso, aprovecho la ocasión para enviarte inmediatamente esta carta, pues pueden echarla al correo en Milán. Hace mucho que no tengo noticias tuyas ni de tu familia.

¿Puedes creer que es una de las cosas que más me apenan desde hace un mes y medio?

Tommaso me contó que una de mis cartas no te llegó; me parece muy raro. En cualquier caso, ojalá la presente te lleve también los saludos de aquella, y todo mi recuerdo, ininterrumpido durante estas semanas en las que he permanecido en silencio. Como ves estoy lejos, en la playa; pero puedo asegurarte que la fascinación vasta y azul del mar no podría consolar mi corazón deseoso de trabajar por su Reino, si no recordase a todas horas el divino verso de Dante: «e'n Sua voluntade è nostra pace»^{1a}.

Porque sé que cada momento que transcurro en esta inactividad forzada, en este penoso cuidado de mí mismo, puede ser un inmenso acto de amor que sirva para la felicidad de mis hermanos los hombres y para la gloria de mi Amigo Divino, mucho más de lo que habría podido hacer mi ardor externo. Ahora, puedo alegrarme pensando en que durante estos días mi amigo del alma se encuentra con sus familiares, especialmente con su amado padre: es un gozo pleno y doméstico de su corazón exquisito que me parecerá poder compartir también yo.

También yo... que ya no espero descansar en esta tierra junto con mis familiares, pues quiero que jamás me dé tregua el ansia de donación y entrega a la misión que tengo que cumplir. Pero sí en el Cielo. El triunfa y resucita. ¿Por qué no es un Símbolo luminoso para todos nuestros hermanos? ¡Ojalá lo fuese!

Saluda con reverencia a tus padres y a tu hermano, con el afecto de siempre

don Luigi

P.D. Te había escrito para felicitarte, ¡y me olvidaba! Felicita también a tus padres^b.

NOTAS

¹ «Nuestra paz está en hacer su voluntad».

^a Dante, *La Divina Comedia*, Paraíso III, 85.

^b Se trata de la felicitación pascual.

¡Viva Cristo Rey!

Varigotti, 24 de septiembre de 1946

Querido amigo:

Cuántas cosas me cuentas en tu última carta, que esperé (ya no recuerdo por qué no te contesté inmediatamente cuando llegó la tuya) y que recibí, como siempre, con ese alegría temblorosa con la que se tocan las cosas inmensamente amadas. ¿Por qué entre tantos seres hay algunos que se introducen inexorablemente en nuestra vida interior, de manera que su interés se convierte en nuestro propio interés?

Desde que me lo pediste, volví a rogar al Señor por tu padre. Y por lo que a ti respecta, aunque ya me acordase de ti todos los días, después de recibir tu carta te tengo presente con renovado afecto.

Porque eres exactamente como este mar: inmenso y arcano, al que siempre escuchas decir su misterioso y profundo pensamiento, que comprendes aunque no seas capaz de repetírtelo con palabras comprensibles y exactas; este mar, que ahora está en calma y casi no puedes oírlo besar las orillas, y que parece soñar, mientras que dentro de unas horas estará todo alborotado, ansioso y apasionado, —y no sabes por qué—... pero en calma o agitado, silencioso o embravecido, el mar posee todos los días y en cada instante un mínimo común denominador, un significado de base único e inexorable, que es su grandeza: el sentido arrebatador de una aspiración inmensa al infinito, al misterio infinito. Así es tu alma, hermano y amigo de mi alma, así es tu vida, en las vicisitudes angustiosas o serenas que se suceden unas a otras sin motivos aparentes: hay una voz, una pasión, una agonía que está en la base de todo, y es la voz, la pasión, el ansia por Él, Felicidad, Belleza, Bondad Suprema, que ha creado como efímeras imágenes de Sí también los corazones de nuestro padre y nuestra madre. Y las experiencias de la vida no sirven más que para hacernos percibir de forma cada vez más honda, arrolladora y exclusiva, cuánto Le necesitamos: sobre todo las experiencias dolorosas, sobre todo las más dolorosas, sobre todo las más terriblemente dolorosas; y, por ello, son la mayor bendición. Perdóname: es el único modo de sentirse verdaderamente amigo Suyo. Perdóname, ¿qué más puedo decirte? Ayer fue tu santo, leyendo el Misal me parecía llamarte. Respecto a mí. mi carne, mi corazón, mi inteligencia se estremece por una multitud de deseos, y ni siquiera uno de ellos encuentra satisfacción (créeme, amigo mío); el alma se estremece por un solo deseo y lo posee, cada vez que lo

quiere: el Infinito Jesús. Hasta pronto... por cierto, ¿por qué me has llamado de Usted?

Tuyo don Luigi

Saluda con deferencia a tu padre y a tu madre. Y a tu hermano.

¡Viva Cristo Rey!

12 de diciembre de 1946

Querido amigo:

Esperé un tiempo antes de responder a tu última carta: nueve días. Pero fue con motivo de las fiestas de San Francisco y del Santo Rosario y, además, sobre todo, porque no estuve bien. Tampoco ahora. Pero tú eres una de esas personas, entre las muchísimas que pasan a nuestro lado, que permanecen siempre cerca de nosotros. Porque el universo y la inconmensurable historia de la humanidad fueron creadas con un admirable designio. Y no sólo fue creada, con un cuidado minucioso, la grandeza del firmamento, sino también fueron ordenados los diminutos elementos que se encuentran en cada átomo, dando vida como a un mundo en miniatura. En este plan, la atención cuidadosa de Dios dispone que para cada pequeño ser humano haya algunos que, con su mayor cercanía, sean capaces de calentar con su luz y su amistad la soledad sin fin de su espíritu inmortal, como Símbolos que anuncien la Eterna Intimidad.

No soy capaz, en esta oscura tarde de viento, atrio del invierno, de responder al estado de ánimo particular con el que me escribiste. Estoy demasiado cansado. Y lo único que siento —y mi fidelidad a los amigos más queridos es un símbolo experimental de ello— es que la esencia de la vida, de las aspiraciones, de la felicidad, es el amor. Un amor infinito, inmenso, que se ha inclinado hacia mí nada, y ha creado de ella un ser humano, un grano de polvo en cuanto al cuerpo, pero sin límites en la apertura ávida de verdad y de amor que constituye su inteligencia y su corazón. Un Amor infinito, enorme, que ha realizado el disparate de hacerme infinito como Él, a mí que, como ser creado, soy polvo finito: «*similes ei erimus*»^a. Porque «no puede comprender quien no lo experimenta»^b, no se puede ser amigos y no ser iguales, idénticos. Y yo lloro cada vez que leo: «*Non dicam vos servos... vos autem dixi amicos*»^c. Y el gozo y la realidad mayor del sacerdote es ser uno con el «Amigo», suyo por excelencia, más semejante e idéntico a Él que cualquier otro ser.

Lleguemos a serlo, vamos, ánimo. Amigo personal del Infinito; eres polvo, pero eres mar.

don Luigi

Saluda con deferencia a tus padres. Y a tu hermano. Todos los días me acuerdo de ti, y de tu

padre.

NOTAS

^a 1 Jn 3,2.

^b Cita indirecta del himno *Iesu ducis memoria*: «*expertus potest credere, quid sit Iesum diligere*» («sólo el que lo prueba, puede juzgar lo que es amarte, Jesús»).

^c Jn 15,15: «No os llamo siervos [...] a vosotros os he llamado amigos».

¡Viva Cristo Rey!

Varigotti, 21 de diciembre de 1946

Querido amigo:

Si has pensado, aunque sea sólo una vez, que me acuerdo menos de ti porque no te contesté en noviembre, tírate de las orejas porque has pensado muy mal. Querido amigo mío, desde este verdadero «exilio», no se puede uno olvidar de los amigos de «casa», como tú.

La Santa Navidad me obliga con gusto a salir de la indolencia, y con la felicitación te envío toda la fuerza de mi amistad. Estoy convencido de que el bachillerato dejará también en ti esa profunda ilusión fascinante, que es la fuente de un mundo de ideas, de «descubrimientos», de sentimientos: te deseo que Jesús se encarne en estas experiencias tuyas, del mismo modo inexorable y definitivo con el que se encarnó en el seno de la Virgen María.

Porque el mayor gozo de la vida del hombre es sentir a Jesucristo vivo y palpitante en la carne del propio pensamiento y del propio corazón. Lo demás es efímera ilusión o estiércol.

Felicita de mi parte a tu padre, a tu madre y a tu hermano. Espero que estéis todos bien, también de salud. Si puedes hacerme llegar noticias, especialmente de tu padre, te lo agradeceré.

Tuyo afectísimo don Luigi

¡Viva Cristo Rey!

7 de enero de 1947

Querido amigo:

El mismo día 2 recibí dos cartas tuyas, una del 20 y la otra del 30. Siento mucho que no recibieras la que te envíe antes de Navidad: había tardado mucho en escribirte, pero al menos por Navidad quería dar señales de vida. Esto es lo que hay, me entró cierto rechazo a la hora de escribir cartas. Y eso porque tengo que escribir demasiadas: .y no por el método vigente en el seminario, como dices tú. Porque —date cuenta— a pesar de tal método, no te puedes quejar de no haber encontrado superiores llenos de comprensión y finura. Volviendo a leer tus queridas letras, me parece escuchar de nuevo todos los pensamientos, sentimientos, reacciones que llenaron de vida y de belleza los años de mi bachillerato. Y son ideas cuyo principio profundo y conformador permanecerá siempre como un punto de vista adquirido por experiencia. Poco a poco, en cambio, tanta efervescencia marginal y superficial de juicios impetuosos, de quejas declaradas, de cortes netos y generales, callará lentamente bajo la influencia de otras experiencias y de la madurez de los mismos principios conformadores de esas exuberancias. En todo caso, yo sería el último en decir a estas exuberancias: «callad, moderaos», o a negarlas en nombre de una mayor madurez futura. Es precisamente en virtud de lo que ellas indican y desvelan por lo que yo pensaba entonces — cuando estudiaba el bachillerato— y pienso ahora que un seminarista en el bachillerato es lo más sagrado que se pueda tratar. Por tanto, vive lo más intensamente posible, diría incluso, lo más vehementemente posible estos meses preciosos, deja libres, sin freno, las meditaciones, las ideas, que pulularán en ti y surgirán del misterioso y desconocido fondo del alma. Y conserva con firmeza y confianza sólo una reserva: veneración leal por tus superiores y por sus principios; porque lo nuevo, si quiere juzgar con prudencia, no puede considerar fuera de juego, de un plumazo, lo que estaba antes que él... y que —por lo menos — tiene el mérito de no haber impedido su nacimiento, o incluso de haberlo generado. Yo estoy bien: y sólo deseo poder volver. La fiebre no me abandona. Pero entretanto hago alguna cosa. Procura estar bien y vivir alegre. Escríbeme, apenas puedas y quieras hacerlo, y no dudes jamás de que me acuerdo de ti.

Tuyo afectísimo don Luigi

¡Viva Cristo Rey!

Varigotti, 4 de abril de 1947

Querido amigo:

Sé que debía haberte escrito antes, pero si te encontrases en mi condición, con esta continua desgana, con estas interminables terapias a las que tengo que someterme, comprenderías enseguida que mi indolencia es muy poco culpable. De todas formas, tú lo entiendes igual.

Aunque la idea de que te haya olvidado, seguro que se te pasó por la cabeza alguna vez. Y, sin embargo, no es así. Me acuerdo de ti cada día, queridísimo entre los amigos queridísimos. Escíbeme también tú. Yo estoy aquí siempre a la espera. Esperando algo que transforme mi silenciosa desaparición en una nueva vida activa, que la cambie, si es lo que el Señor quiere.

Porque esto es lo más terriblemente verdadero, que en la vida lo único que importa es lo que Dios quiere. El resto es superestructura innecesaria, es inútil.

Me han dicho que ha muerto Prada¹. ¡Pobre Prada! ¿Acaso no podría pasarme lo mismo dentro de unos meses? Y no lo digo porque ahora haya «síntomas» que lo insinúen: sino porque nadie sabe el plan que Dios tiene sobre lo que cada uno de nosotros va a ser. Y, en cambio, eso es lo único para lo que estamos en el mundo. Y ésta es la máxima felicidad, y el mayor gozo: porque si el valor y la belleza de la vida residieran también en otra cosa, ¡qué inmensa melancolía nos invadiría a los que, desdichados, no podemos tener absolutamente nada, pues las circunstancias de la vida nos han privado de todos los sueños y de los ideales y de las posibilidades, y lo han hecho precisamente cuando, con todo el ímpetu de la vida que va floreciendo, nos lanzábamos a ella, hacia la meta soñada!

Estoy siempre sereno; pues esta enfermedad y esta negación aparente de vida me han granjeado la convicción «*inébranlable*»^a de que lo único que importa es la voluntad de Dios: es decir, lo único que importa es el Amor. Y he aprendido que el único grito que debemos elevar es éste: *O Unitas, o Charitas*. Unidos con Jesús, nuestro Dios hermano; caridad hacia Jesús, nuestro Dios verdadero.

Estoy siempre sereno; aunque a veces la melancolía me asalta espantosamente: 10 segundos

cada vez, impetuosa, y hace incluso que grite: después, en un momento, vuelvo a ser dueño de mí mismo.

¡O *Unitas, o Charitas!*

Saluda de mi parte a tu hermano y felicita con deferencia a tus padres.

Y a ti, con mi habitual afecto amistoso, te deseo valor y arrojo

Tuyo don Luigi

NOTAS

¹ Cesare Prada, muerto de cáncer durante el primer año de los estudios teológicos.

^a Inquebrantable.

¡Viva Cristo Rey!

Desio, 27 de junio de 1947

Querido amigo:

Respondo tarde a tu carta. Estoy en Desio desde hace unos días. El martes por la tarde salgo con el autobús desde piazzale Cadorna para Pontedilegno. Si fueses a Vione, nos podríamos encontrar. Házmelo saber escribiendo a D.L.G., Villa Luzzago, Pontedilegno (Brescia).

Cuando leí en Pietra Ligure lo que me contabas de tu madre, inmediatamente pensé que estaba ingresada en la clínica de Santa Corona y, asustado, quería ir a verla inmediatamente. En cambio, después, por tu carta, comprendí que no podía ser así, de tal manera que no hubiese sabido ni siquiera cómo encontrarla. Tu hermana, ¿está, quizá, en la colonia de Villa Ava? Tengo un gran deseo de volverte a ver. ¿Cómo estás? Te acercas hacia el sacerdocio. Los dolores de tu vida preparan tu corazón y tu alma, porque la sustancia del sacerdocio es salvar las almas como Jesús, muriendo. Acuérdate de mí en tus oraciones y encomiéndame especialmente a la Virgen, con la cual todo es posible y sin la cual nada lo es. Saluda de mi parte a tus padres. Te aseguro que no te olvido en mi celebración de la Misa.

Mañana sábado, entre las 15 y las 16 estaré en el colegio San Carlo y en la casa de al lado de los oblatos, para hablar con monseñor Petazzi¹.

De un modo u otro espero que no tenga que pasar mucho tiempo antes de vernos.

Tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

¹ Monseñor Francesco Petazzi, Rector Mayor de los seminarios milaneses (1926-1953).

¡Viva Cristo Rey!

Pontedilegno, 15 de julio de 1947

Muy querido amigo:

Tu carta, que esperaba con gozo, me dejó triste.

Era fría. Y reflejaba tu alma en una soledad un tanto desanimada y pasiva.

Pero, sobre todo, fría.

Quizás exagere. Es lo más seguro.

Egoístamente hablando, es realmente una pena querer demasiado.

También a mí me parece que a veces mi madre sea demasiado pretenciosa. ...Pero yo te llamo «muy querido amigo», porque percibo que todavía muy pocos temperamentos tienen por ti un instintivo y constante afecto de amigo como el mío.

Deseo mucho volver a verte. Yo me quedaré aquí hasta finales de agosto. Espero que el Señor me conceda la gracia de volver a verte pronto, para saber qué te pasa. ¡Qué lástima!

¿Sigue tu madre todavía en Pietra Ligure? Y tu hermana, ¿sigue en Spotorno? Espero que estéis todos bien. Yo sigo todavía con fiebre, pero creo que se pueda amar al Señor igualmente. ¿Acaso no es lo único que hay que hacer? Te ruego que no te preocupes por responder inmediatamente a mis cartas; no es que no lo desee, es que creo que la puntualidad a la hora de responder, si se convierte en un asunto de cortesía, se torna algo propio de la relación entre dos extraños, no entre dos amigos. Por tanto, siéntete libre, incluso para dejar de escribirme. Yo me alegro mucho de querer bien «yo» y de acordarme «yo» de los amigos. Encomendémonos el uno al otro a la Virgen. ¡Cuántas gracias me concede la Virgen!

Te saludo con la devoción del amigo de siempre.

Tuyo don Luigi

¡Viva Cristo Rey!

Pontedilegno, 8 de agosto de 1947

Mi querido amigo:

Quisiera ser para ti lo que tú eres en estos momentos para el corazón destrozado de tu madre y de tus hermanos.

Pero no lo lograría, ni siquiera si estuviera a tu lado.

Mi querido amigo:

Dominus mortificat et fortificat: deducit et reducit^a. El Señor que nos prueba hasta el extremo, sabe también vivificar con su luz el dolor más tremendo; el Señor que nos pone a prueba con una angustia que corta la respiración, sabe también de golpe traer el aliento sereno de la paz.

Mañana celebraré la Santa Misa por él, encomendándoos a todos.

Queridísimo, si pudiera hacer algo más lo haría. Díselo a tu madre, que lo haría, porque me siento casi uno de vosotros.

Queridísimo, te abrazo con toda mi alma. A la espera de hacerlo cuanto antes en Milán.

Tuyo don Luigi, nada más haberlo sabido

NOTAS

^a 1 Sam 2,6-7: «El Señor da la muerte y la vida, abate y ensalza».

¡Viva Cristo Rey!

Pontedilegno, 15 de agosto de 1947

Querido amigo:

Hace días que no sé si escribirte o no, desde que me llegó la noticia. Pienso en ti con veneración mezclada a cierto miedo y vergüenza. Siento miedo, porque algunas experiencias dolorosas son como vocaciones que, al menos durante el período que abarcan, convierten a los que las viven en seres casi desmesuradamente fuera de lo común: y yo, en este momento, percibo que estás demasiado por encima de mí, demasiado cerca de Jesús crucificado. Y también siento vergüenza, porque yo no he probado el dolor que tú has vivido en estos días, el vacío que te ha embargado el alma.

Temo distraerte demasiado, molestarte demasiado.

Me da cierto reparo provocar en ti, quizás, la impresión de que actúo por conveniencia o que empleo frases hechas.

Y, sin embargo, entre los muchos que en estos días, por el afecto que te tienen, se han sentido apesadumbrados ante la triste y repentina noticia, yo no quiero ni puedo faltar.

No me sientas lejano, porque estoy ciertamente a tu lado. Puesto que mi cercanía sólo puede utilizar el medio inasible de la oración, ¿acaso por eso deberías percibirme lejano como si fuera uno de tantos?

¡Oh!, todos los hombres están cerca de nosotros, porque todos comparten la misma estructura de aspiraciones y sufrimientos. Basta con pensar que todos pueden sentir el mismo dolor que tú padeces. Y, sobre todo, todos los hombres nos resultan cercanos porque cada cual representa y encarna para nosotros algo de Él. Pero hay algunos que representan mejor que otros y encarnan más Su infinito apego a nuestro corazón, algunos que, en la masa anónima e informe que nos rodea a lo largo de la vida, corren anhelantes y apasionados al lado de nuestra misma ansia y pasión.

Yo no pretendo nada, sólo me intereso por ti, forzosamente. Es Él quien nos hace encontrar a las personas y crea las circunstancias concretas de nuestra vida.

...Aquél que, con tu madre, más Lo representaba para ti, codo con codo, con un ansia y una pasión que ninguno de nosotros podría tener, te ha sido arrebatado.

¡Dios mío, qué congoja! Pero no te habrá extrañado. Te habrá dolido en el alma, pero no extrañado. Los símbolos no caen más que para hacernos percibir y ver más la realidad.

Y cuanto mayores son los símbolos que caen, tanto más se nos acerca la realidad, imponente. Mírala a la cara, la Realidad, es Él, el Señor Jesús.

¡Oh, sólo Él es, verdadera y terriblemente! Pero míralo a la cara, como nunca lo has mirado hasta ahora. Jamás Su mirada fue así, tan fija, tan escrutadora, tan exigente. En el fondo, no te ha «quitado», te ha «dado».

Cuando caiga sobre mis débiles hombros el peso enorme de los instantes que vives tú ahora, dime tú estas cosas, porque no son, estoy seguro de ello, simplemente el fruto de mi afecto por ti o de una instintiva presunción del momento.

Más que por afecto, más que por presunción, yo te las digo en este momento, por amor. Por amor de Él, por amor a ti. Por amor, entonces, me las dirás tú.

Y el amor se encuentra sólo en la verdad.

Perdona mi egoísmo, si te pido que ofrezcas algo también a favor de mi vida.

Te hablo como si apoyaras tu cabeza en mi hombro. Ya he celebrado la Santa Misa, pero continúo acordándome de ti. Si crees que yo pueda osar, saluda con inmensa devoción a tu madre.

Tuyo don Luigi

¡Viva Cristo Rey!

Piancavallo, 28 de junio de 1948

Mi querido amigo:

Dios sólo sabe las veces que ayer pensé en ti. Sobre todo durante la Santa Misa que ofrecí por vosotros. Me detuve pensando en ti, y ¡qué alegría! Te vi ya en paz, en tu lugar. Inexorablemente en tu lugar, vinculado —*victus*—, por un abrazo del que ya no puedes huir. Y te volví a ver en los días del bachillerato, en las tardes de paseo, en la mesa de estudio justo delante de mí. Todos mis temores de entonces, mi angustia, mis ansias; siempre he sido un ingenuo. Y en mí brotaba la alegría a raudales: porque te quiero de verdad, porque le quiero a Él, entusiasmado por verle maravillosamente capaz de tomar para Sí a quien quiere.

«*Cum adhuc esses iunior cingebas te et ambulabas ubi volebas*»¹. ¿Te acuerdas durante el bachillerato?...

Pero ahora «*Alius te cinget*», otro te ceñirá²: hundido entre Sus brazos, ligado al destino de su Rostro como al destino de su Reino en esta tierra, dentro de poco estará ligado a la obra de tus manos y a la fidelidad indomable de tu corazón.

Durante los estudios de teología yo sentía el ansia del apostolado, casi exclusivamente motivada —en el sentimiento— por la obsesión de la felicidad de los hombres. No me parecía que pudiese existir un porqué más concreto, más experimentable, más apasionado que éste. Y en cambio, hay «uno» más experimentable, más apasionado, porque es más universal incluso que todos los hombres juntos y, al mismo tiempo, más encarnado en nuestra personal individualidad. Universal, porque mayor que el universo; encarnado, porque amor personal y, por ello, completamente propio de nuestro ser individual. Y es el amor por Él, por su gloria. Por Él.

Porque nuestra vida es una «elección» nuestra. Y de nuestra elección, es decir, del amor que nos completará, dependerá nuestra grandeza. Muchísimas cosas llegan a nuestro corazón con su atracción y reclamo, compitiendo entre sí.

¡Si vieses que maravilla aquí arriba! Decenas de cadenas de montañas, hasta el Monte Rosa, imponente, que cierra el horizonte en escorzo; se ve perfectamente todo el Lago Maggiore,

desde Suiza hasta Arona, con la reverberación estática de la lejanía. Y yo, con los ojos abiertos de par en par, miro y pienso: mi Amigo es todas estas cosas. Pero después, pienso que Él es también la arquitectura encantada de todos los hermosos rostros humanos, y la finura inenarrable de todos los corazones humanos más vivos. Y después pienso que es incluso inmensamente más majestuoso, más perfecto y sutil, que éstos, y al mismo tiempo, personalmente Suyo, es decir, tuyo y mío, más que cualquier criatura que podamos encontrar y amar por los caminos de la vida. Y entonces mi alma se estremece por una felicidad temblorosa, y repito por ti y por mí, con la súplica más humilde y vehemente de la que mi corazón es capaz, apurando las palabras como en cada Santa Misa: *«et a Te numquam separare permittas»*^a.

Ves, aún no te he pedido que cuides de ti, porque sé que estás con tu madre. La cual espero ardientemente que el domingo haya llorado de agradecimiento por ti —como también yo lo hice, y quizás tú—, sin restar nada, aunque sea inconscientemente, a la gratitud que le debemos al Señor.

Saluda con deferencia a tu madre y a tu hermano.

Hasta pronto.

Tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

¹ Jn 21,18: «Cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías».

² Jn 21,18.

^a «Y no permitas nunca que me separe de ti»: se trata de la conclusión de la oración que el sacerdote, durante la celebración eucarística, reza en silencio antes de comulgar.

¡Viva Cristo Rey!

Venegono, 18 de diciembre de 1948

Muy querido amigo:

Qué maravilla esta vida que, de improviso, desde el gris de sus monotonías, que parece interminable, se abre de par en par a un encanto de luz, a una fiesta que inunda con sus reflejos todo nuestro cielo, como esta tarde. Es tu «rojo del atardecer» que preludia a la gran «*overture*» de mañana.

La obra maestra de tu vida, ¿acaso no está ya *in nuce* en el don que Él te hará mañana? El primer «contacto» extraordinario. Él se entrega a ti, se encomienda a tus manos. Él se confía a tus labios. ¿Acaso no son estos los cauces esenciales por los cuales fluye, discurre, rebosa la fuerza apasionada y ferviente del amor? El amor puede prescindir del oído: no puede, en su ardor impetuoso, prescindir de los labios. El amor puede no ver, pero sufre si no posee manos, si no puede expresar su ardiente dinamismo. El amor aborta o se consume inútilmente si no puede abrazarse en unidad con quien ama. Fidelidad del amado — confianza del amante— unidad de los dos. El Sacerdocio desplegará como una sinfonía continua, en un crescendo sin límites, estos temas aludidos en la síntesis preparatoria del Diaconado. Y los desarrollará ya sin pararse, *in aeternum*^a...

Estas son las directrices del tema esencial de nuestra vida, de nuestro ser —antes incluso que de nuestra vida—. Pues, ¿qué es el amor? ¿Qué «sentimos» en todas las «formas», qué es lo que buscamos en todos los deseos-sueños, quizás con los ojos abiertos? ¿De qué sentimos la «ausencia» en la experiencia aguda de nuestras tristezas? ¿A qué nos remite esa atracción que absorbe todo nuestro ser y que nos estremece, mente y sensibilidad, con el presentimiento de su dulzura —cuyos ecos lejanos advertimos en las cosas bellas de este mundo—? Más allá de todas las cosas, las formas y las experiencias, más allá de todo lo que nos atrae, nosotros buscamos la nobleza de este Amor. Mañana, Él estará en tus labios. «*Non omnibus datum*»^b, tal contacto. En virtud del cual, tú le tratas como Él te trata a ti. Más aún, le sustituyes, porque lo que en Él es derecho de nacimiento, te lo cederá jurídicamente^c.

No inmediatamente, sino dentro de un tiempo, quizás mientras reces en una capilla recogida del Seminario, tu corazón «caerá en la cuenta» de lo que Él ha hecho. Y tu diaconado —el día de tu diaconado— aparecerá ante tus ojos claramente como uno de esos días a los que

siempre se puede volver —cuando se quiera— para recobrar esa razón y atracción profunda que, repentinamente, vuelven a avivar el fuego de nuestra generosidad y fidelidad al Amor, incluso cuando, a veces, la lumbre se reduce a una brasa escondida, cubierta por la ceniza espesa y monótona de los días que pasan y de nuestra caduca materialidad.

Con un augurio fraterno, más vivo gracias a la persuasión de que —entre todos los que te quieren— soy aquel que lo hace con mayor conocimiento.

Tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

^a Cf. Sal 110 (111),4.

^b «No es concedido a todos»: se trata de una clásica expresión latina.

^c Don Giussani expresa en las categorías teológicas propias del momento la doctrina sobre la acción «*in persona Christi*» por parte del sacerdote en las celebraciones sacramentales.

¡Viva Cristo Rey!

Venegono, 23 de junio de 1949

Querido amigo:

Lamento mucho no haber podido ir a veros, aceptando a vuestra invitación. Espero, sin embargo, que me hayáis perdonado.

Tú eres siempre amable conmigo y te lo agradezco de corazón. De ello tuve una prueba ulterior el pasado viernes, cuando, tras volver de Gorla, abrí la maleta. ¡Qué delicadeza la tuya! Ahora tengo tu librito sobre san Francisco, te lo devolveré cuando te vea en Milán.

Sigo acordándome de ti en el mismo lugar, con las mismas palabras, en la celebración de la Santa Misa, como cuando estabas en el Seminario... ¿Cuándo estuviste en el Seminario? ...parece ya algo tan remoto. Es natural, como todo lo que inexorablemente ha pasado. ¿Qué importa si ha pasado un día o un siglo, cuando ya ha pasado? Lo mejor está por venir. La guerra continúa.

...Por esto, el *memento* continúa^a. He vuelto a leer hoy tu breve carta en ocasión de mi Primera Misa: «Un recuerdo para mí que ‘soy la gota’...».

Sí, «*une goutte d'eau qu'on peut boire*»¹. Te deseo que seas precisamente esto para nuestros hermanos los hombres. Hasta el final.

La gota de agua que satisface la sed de cada uno de aquellos que se acerquen a ti. La gota no tiene pretensiones, es humilde, paciente, sin exigir que se beba de una manera u otra. Pretensiones, exigencias, impaciencias, tiene derecho a tenerlas sólo quien tiene sed y debe beber. Ahora, ya somos perfectamente iguales, en el camino y en el destino. Sólo que tú eres más noble, más rico, más fuerte. Tú me precederás. «*Nous ne pouvons continuer à aimer le Xrist, sans le découvrir toujours davantage*»². El descubrimiento exige iniciativa, tensión, paciencia, confianza: y el camino es siempre arduo y largo. Tú precederás. Tú irás por delante en el camino. Pero en el camino no estás sólo. Encontrarás muchas personas admirables y compañeros maravillosos.

Ninguno, sin embargo, más devoto que

tu afectísimo don Luigi

NOTAS

^a La palabra «*memento*» es el inicio de una de las peticiones propias de la plegaria eucarística (oración por los vivos y por los difuntos). Entre sacerdotes es el modo clásico de pedir a un sacerdote que va a celebrar la Eucaristía, que le encomiende durante la celebración.

¹ «Una gota de agua que se puede beber».

² «No podemos continuar amando a Cristo sin descubrirle cada vez más».

1 de julio de 1949

Querido amigo:

Las cosas van bien. ¡Viva el cristianismo! ¡El gozo, el sacrificio, el confesionario, la Santa Misa, el pontifical! ¡Tu Sacerdocio y el mío!

No, no es equivocado tu modo de sentir y de pensar. Nunca será equivocado: incluso cuando veas que debes cambiar actitudes, ajustar palabras o actos exteriores. Me alegra que tu madre haya estado contenta. Te ruego que la saludes con deferencia de mi parte. También me alegra que te haya gustado don Alpino. Lo único que me disgusta es que tengo que retractarme, porque antes del día 8 por la tarde no tendré ni un momento libre, y el día 8 me voy a Arma di Taggia. Tenemos que terminar una traducción para De Ambroggi¹ para el día 7, es decir, antes del día 7.

Trabajo 9 o 10 horas al día. No tengo la posibilidad de tomarme una libertad tan grande. Sé que me comprendes y me excusarás ante los amigos.

Además, después del 20 de agosto, ¡creo que todavía me quedará un tiempo antes de irme al cielo!

Perdona la prisa con la que te escribo, pero ya te he dedicado un cuarto de hora que no puedo dar a nadie más en estos días.

Tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

¹ Don Pietro De Ambroggi, profesor de Sagrada Escritura en el Seminario Mayor de Venegono Inferiore (1930-1952).

¡Viva Cristo Rey!

Arma, 25 de julio de 1949

Querido amigo:

Recibo tu agradecidísima carta y te respondo al momento.

Hubiese ido con muchísimo gusto para el primer Viernes del mes de agosto^a. Tengo dos razones de peso que me lo impiden. Para no alargarme... no te las cuento ahora. Te pido que me disculpes ante el señor Preboste. No puedes imaginar cómo me disgusta decir que no. De esta manera y precisamente, a tu óptimo señor Preboste. Pero en este tiempo el Señor me está tirando de la orejas con bastante energía.

En una semana, más o menos, estaré de vuelta. Pasaré por Milán y espero verte.

Volver a verte, a ti, a tu estudio, a tus libros, a todo lo «tuyo», en resumen, a «tu» mundo.

Comprendo plenamente tu vivo deseo de alejarte de Milán, que en verdad está sólo llena de ruido, para quien tiene oídos tan finos. Bueno, sólo no, pero llena de ruidos, sí. ¿Ves?, sólo me hago eco de tus conceptos, de tus sentimientos. En estas semanas, mi corazón ha albergado tan sólo unas pocas impresiones profundas e indefinidas; analizarlas y definirlas me habría costado demasiado esfuerzo y no lo hubiese podido hacer. Créeme, no hubiese sido capaz. Como tampoco lo soy ahora.

¿Tu madre está bien? ¿Y tus hermanos? ¿Y tus amigos? El señor Preboste, ¿se ha recuperado? A todas estas preguntas, me contestarás el próximo viernes. Hasta entonces, por ahora, saluda de mi parte cordialmente a todos, especialmente a tu madre y a tu hermano y con deferencia al señor Preboste, ante el cual no sé cómo excusarme.

Tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

^a Referencia a la práctica de piedad de los «nueve primeros Viernes de mes», difundida por Santa Margarita María de Alacoque. Con frecuencia, en dicha ocasión se invitaba a otros sacerdotes a predicar y confesar.

Venegono, 4 de enero de 1950

Querido amigo:

No sé si darte las gracias por tu felicitación navideña o por la agudísima nostalgia que me ha provocado tu recuerdo desde la montaña.

Sólo sé que sentí lo primero tan verdadero que, de haber estado aquí, te habría abrazado conmovido; y lo segundo invadió mi fantasía de nieve, de cimas y sol, de manera que mi corazón se puso a repetir tu Víctor Hugo, como si hubiese sido tú. ¡Pero yo seguía aquí!

Y, sin embargo, si somos como niños, ¿acaso el deseo y la imaginación no nos acercan verdaderamente a la realidad? ¡Oh sí! porque la realidad es buena (¡es Jesús el que la ha creado para nosotros!) y no puede traicionar nuestros deseos más ardientes y nuestras ilusiones más apasionadas. No sé, por tanto, por dónde empezar a darte las gracias, pero siento realmente que entre los mayores dones vivientes que Jesús me renueva al comienzo de cada año nuevo, destaca tu amistad.

Os doy las gracias a los dos juntos y juntos os pido que me ayudéis, porque al recibir una gracia tan grande no se puede dejar de ser mejores.

Con mis mejores deseos para tu Año Santo^a.

Afectísimo tuyo don Luigi

NOTAS

^a Se refiere al Año Santo de 1950, convocado por Pío XII, con la Carta Apostólica *Iubileum Maximum*, del 26 de mayo de 1949.

Venegono, 16 de enero de 1950

Mi querido amigo:

Saldo ahora mi deuda contigo; perdí la ocasión del sábado pasado.

Quisiera saber no balbucir —como hago normalmente cuando hablo—, y ser límpido y luminoso, para lograr expresarte los pensamientos que dominan el firmamento de mi alma, —aunque su aplicación a la práctica de mi vida sea tan lenta y torpe—. Pero la finura reflexiva de tu corazón ciertamente ya tiene experiencia por sí misma: y quizá la mía resultaría una interferencia y una distracción; o si alguna de estas experiencias todavía no se ha manifestado ante tu conciencia atenta, el proceder próximo de tu vida te hará descubrir, completamente, esa arcana e inexorable dialéctica, que te conducirá cada año a superar un obstáculo que quizás antes te asustaba. Jesús es un amigo magnífico y delicadísimo: Él toma posesión de nosotros, no sólo de nuestra voluntad —que ya le entregamos un día—, sino de nuestras persuasiones, deseos y sueños, de nuestras mismas posibilidades y no, como si dijéramos, desde fuera, sino desde nuestro mismo interior: revelándose poco a poco en el cuerpo vivo de nuestra experiencia... Revelándose lentamente, como lento es el proceder de la vida; un proceder imperceptible, pero continuo, pues lo que da la sensación del progreso es sólo una constatación periódica global de un proceso inaferrable.

Por ello, queridísimo amigo y hermano, el sentimiento fundamental, decisivo, que debemos mantener vigilante y despierto, renovado con frescura, como la luz de cada mañana, es tender hacia Jesús, aspirar a Él por encima de todas las cosas y más allá de cualquier cosa... ¡Qué inmensa tristeza invade nuestro corazón cuando nos damos cuenta que cosas efímeras son capaces de atraernos más que Él! ...o que tenemos que luchar contra una fascinación que trata de oponerse a la Suya. Oh, cómo recuerdo de los años de bachillerato esas dos palabras con las que comenzaba uno de los pensamientos de Pascal: *fascinatio vanitatum*^a (*Vanus* latín: soplo imperceptible de un viento fugaz...). Pero el ansia, la tensión, la aspiración y el anhelo que estas cosas despiertan en nosotros ponen en marcha una «actividad» más honda, más humana —la verdad de nuestro mismo ser en su manifestación substancial—: la aspiración a ser cumplidos, a nuestro «todo»... No soy capaz de expresarme, quizá porque es tarde, y estoy cansado... Pero no, aunque fuese de día. Necesitaría que tú también estuvieses aquí, mientras lloro. Colma de melancolía deber «renunciar» a cosas que, sin embargo, no son «nada». El único deseo es Él. Recibe mi abrazo lleno de afecto, aunque me falten las palabras.

NOTAS

^a Probablemente don Giussani aún de memoria la serie sobre la vanidad, presente entre los Papeles Clasificados de los *Pensamientos* de Pascal (cfr. II. Vanidad, 13-52, en B. Pascal, *Obras*, Alfaguara, Madrid 1981, 357-366), con el siguiente pensamiento de los Papeles no clasificados: «386- 203 *Fascinatío nugacitatis. Para que la pasión no estorbe hagamos como si no hubiese más que ocho días de vida*», en *ibid.*, 453. El tema de la *fascinatío nugacitatis* se encuentra en el Libro de la Sabiduría en el mismo sentido en el que lo cita don Giussani: «la fascinación de la frivolidad obnubila lo bueno» (Sab 4,12).

Venegono, 2 de febrero de 1950

Querido amigo:

Hoy, jueves, quería darte una sorpresa e ir a verte, para expresar, con la alegría y la efusión de un abrazo, mi más sentido «gracias» por tu bondad. Por eso había roto la carta que había preparado para enviarte; pero hoy mismo tengo que reanudar, por orden de don Giovanni, las lecciones de repaso a mis alumnos que se preparan para los exámenes públicos: al principio pensé no hacerlas, hoy, pero después. en un instante me pareció que no tenía en cuenta a Jesús (¡un deber!) como era mi obligación. Inmediatamente decidí quedarme. ¡Si fuera más insensato, sería menos digno de que me tuteases! Comprendo perfectamente qué experiencia pueda constituir para el espíritu el paso consciente (no uno inconsciente, en doble sentido, sin conocimiento, es decir, sin pudor, como el de la mayoría) de llamar de usted a tutear: por esto, si me atreví a pedírtelo (créeme, la mía fue una osadía), no podía ni quería insistir en ello. Cuando se trata de un paso sin significado —sin pudor, superficial— es posible exigirlo. Por ello, con profunda humildad, te lo agradezco ahora. Si hablase con otro tendría que asegurarle solemnemente que soy consciente de no exagerar al hablar de este modo. Tú sabes que no son exageraciones, sino que brotan, ni más ni menos, de un sentimiento profundamente real, tú lo sabes, en virtud del cual las cosas y las experiencias de la vida han comenzado a desvelar su verdad irresistible de símbolo, su gallardo encanto de símbolo. La experiencia de un «tú», que se extrae de una vida vivida de modo tan personal que durante mucho tiempo lo hizo difícil o imposible, enriquece el alma con una apertura inimaginable; no es el hecho en sí mismo, ni la persona que considera; es que tu espíritu puede comprender más, misteriosamente más (la vida es misterio, y lo mismo sus expresiones más hondas, como la amistad) su relación con Él. Creo que no me habrías tuteado, si antes no hubieses empezado a hablar de tú, o mejor, a hablar de manera mucho más íntima que antes, con Jesús.

Si Dios se nos revela mediante la experiencia concreta y la creación, ahora tú has conquistado —o se te ha concedido— una manera nueva y más íntima de acercarte a Él, de abrirte a Él, un modo más humilde, más entramado de amor.

Todo «tuteo» consciente es una elección, amigo mío. Que el tuyo, nuestro «tú» dirigido a Él, sea el tema de una armonía cada vez más profunda, e ilumine el tutearnos recíprocamente, que es infinitamente más superficial, pero no por ello inútil o menos verdadero.

«*Alius te cinget*»¹: ¡qué admirable es, amigo mío, la mano que nos ha aferrado! ¿Y dónde nos conducirá? La novedad nos espera cada día, ¡qué grandeza! A nuestro corazón se le exige sólo la fidelidad.

Tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

¹ «Otro te ceñirá», Jn 21,18.

Venegono, 18 de marzo de 1950

Querido amigo:

Verdaderamente Jesús ha venido a traer la guerra^a.

Pero es una guerra que trae más paz que cualquier otra paz. Hablaremos de ello hoy, porque espero poder escaparme (¡un momento!) a Milán.

Hasta entonces, un abrazo, agradeciéndote tus grandes dones.

Con afecto de amigo.

Tuyo don Luigi

NOTAS

^a Cf. Mt 10,34.

6 de abril de 1950

Mi querido amigo:

Tú eres para mí siempre «amigo»: porque el amigo es aquel que se dona a nosotros. Y así ha ocurrido también con tu última carta. No, no, no es naturalismo lo que me dices, es Cristianismo: que es «redención» de todo lo humano en la forma y aspiración de lo divino. Hoy la gente que entra en la iglesia ya no se dirige hacia el altar mayor, sino que se reúne en un punto de la iglesia, un punto que ayer era «uno cualquiera», y hoy en cambio es «todo». Todo nuestro esfuerzo, toda nuestra obra creativa («*Pater meus usque modo operatur, et ego operor*»¹), lo que hace de nosotros gigantes solitarios, titanes, o artistas que se entregan al mundo comunicándose a sí mismos, es precisamente este esfuerzo por orientar toda la realidad que tenemos dentro, o que está en torno a nosotros, hacia aquella «Persona» cuya luz ojalá consagre todo y lo revele en su sentido más verdadero, en cuyo amor podemos hacer «nuestro» absolutamente todo; «*omnia vestra sunt, vos autem Christi*»². No sé si esta carta te llegará antes de que te hayas ido, (hace dos días que estoy fuera de Venegono y el correo me lo han enviado aquí), pero aunque la leas más tarde, quiero que esta carta sea para ti un testimonio oportuno de mi amistad, siempre atenta y agradecida. ¡Cómo desearía estar cerca de ti en Asís! Pero mi deseo en parte queda satisfecho, porque lo verás tú. Me contarás lo que habrás visto, lo que habrás oído; me comunicarás lo que habrás experimentado. De manera que también yo pueda esforzarme mejor para desarrollar mi vida según el tema de esa armonía. Recibe mi más fraternal saludo, que te pido extiendas a tu familia, de modo especialísimo a tu madre —me alegra mucho que vaya contigo—. Hubiese ido con muchísimo gusto hoy a verte: pero tengo mucho trabajo. La felicitación de Pascua en tu caso está siempre unida a la felicitación por tu santo³: no sólo cronológicamente, sino sobre todo como significado interior. ¿Acaso puede haber algo más hermoso que el que tu vida, como cada día, sea el anuncio de la Resurrección? ¿Y que, gracias a este anuncio, cada instante, sentimiento y pensamiento, sea redimido?

Un abrazo lleno de afecto don Luigi

NOTAS

¹ «Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo» (Jn 5,17).

² «Todo es vuestro. Pero vosotros sois de Cristo» (1Cor 3,22s).

^a El lunes de Pascua es conocido popularmente en Italia como «*Lunedì dell'Angelo*», con motivo del anuncio del Ángel a las mujeres en el sepulcro, razón por la que aquellos que se llaman *Angelo* celebran en dicha ocasión su onomástico.

Venegono, 21 de abril de 1950

Querido amigo:

He recibido —con algo de retraso— tu postal «desde el tren»; y tengo aquí sobre mi mesa tu maravilloso Crucifijo: te agradezco infinitamente que hayas querido, en cierta medida, hacerme participar de esta manera en tu peregrinación. ...Pero sobre todo espero poder «escuchar» tus impresiones —que, cuando hablas, llegan hasta el fondo de mi alma—, especialmente a través de lo que tus palabras no dicen. Y no te niego que, en esta espera, hay una alegría para mí: la persuasión (¿será acaso presunción?) de que pocos, muy pocos «comprenderán» como yo.

Te ruego que, durante estos días, cuando pidas a Jesús, con mayor decisión y ardor que de costumbre, el amor, y a sus grandes Santos la ayuda para amarle, no te olvides de suplicar alguna migaja también para

Tu afectísimo don Luigi

Venegono, 11 de mayo de 1950

Querido amigo:

El sábado pasado fui a Desio para la boda de una prima mía: y tenía pensado visitarte desde las 13 a las 15,35. Pero un contratiempo imprevisto me obligó a que me llevasen en coche a Saronno a las 16,30. Temo que tampoco el sábado que viene estaré libre: sin embargo, espero verte, si consigo escaparme, al menos el viernes por la tarde.

A menudo sucede que, cuando se desea ver a un amigo más intensamente de lo normal —¡y eso que normalmente se desea mucho verlo!— hay una rémora que se interpone, un freno imprevisto e ineludible que separa y debilita la espera.

Estoy convencido, sin embargo, de que en el mar de tu oración, durante la Santa Misa, aún no me he convertido en un madero a la deriva. Esperando saludarte pronto, muy pronto, por ahora te envío un fraterno abrazo

Afectísimo tuyo don Luigi

Piancavallo, 23 de julio de 1950

Querido amigo:

Tu postal, bella y verdadera como un sueño, recobró voz en tu carta, que fue para mí como un refrigerio lleno de persuasión, como todo lo que experimentas y dices. He cedido a la pereza a la hora de escribirte, en este mes, como nunca me había sucedido: he escrito sólo algunas líneas a mi casa para tranquilizarles sobre el viaje de venida. Y, sin embargo, casi exigía que tú me escribieses: que tú me «dijeras» —casi instintivamente convencido de que te pudiese bastar mi recuerdo vivo y cotidiano—, sin la necesidad de que se concretase en una señal de mi parte. Pero hoy ha llegado don Catturini¹ y podrá hacerte llegar mañana mi saludo agradecido y fraterno, cuya única traducción sería sólo un fuerte, fuerte abrazo. Espero volverte a ver ciertamente pronto, porque el 28 por la tarde creo que estaré de vuelta. Y así como mucho el lunes espero verte (casi seguro que tendré esta alegría el sábado por la mañana).

Me da pena abandonar estas alturas solitarias, ¡en las que el silencio habla continuamente a los oídos, a los ojos, al corazón! Volveré a trabajar: esto sí, verdaderamente, es más bello que las cumbres más altas. Encomiéndame a Jesús y a la Virgen.

Te saludo con afecto

Tuyo don Luigi

Un deferentísimo saludo a tu madre.

NOTAS

¹ Don Ernesto Catturini, colaborador de Mons. Giuseppe Bicchierai en Caritas de la diócesis de Milán.

Venegono, 8 de agosto de 1950

Mi querido amigo:

He esperado la llegada de mons. Colombo¹, anunciada para el sábado pasado, y después para ayer: pero en vano. Cuento con tu comprensión: mons. Petazzi me ha pedido que predique una tanda de Ejercicios para chicos aspirantes, desde el 27 al 30 de este mes. Pierdo tres días de clase. Y si fuese a Val Camonica perdería al menos otros cuatro. Como los días de clase en este mes son en total 14 o 15, perdería casi la mitad; y los «speranzini»^a tienen que hacer los exámenes suplementares. No puedes imaginarte cuán sugerente ha sido tu invitación y cuánto me tienta todavía. Te ruego que pienses qué harías en mi lugar, invirtiendo los papeles: a la hora de decidir, este pensamiento ha sido determinante. Esa pizca de amargor que me acompaña, teniéndote que dar esta respuesta negativa, se acrecienta cuando pienso en la desilusión que supondrá para ti, y en la decepción que provocará también en tu madre. Pero la bondad con la que siempre ha sabido excusar mis *défaillances*^b, me perdonará también esta vez, en la cual, además, las circunstancias se oponen a mis acariciados deseos. No me resigno a dejar de pedirte que saludes en mi nombre los montes, el valle y el río, que desde hace dos años ni veo ni escucho, a no ser en la sutil imaginación de mi memoria.

Saluda mucho de mi parte a tu madre: y discúlpame ante ella. Saluda a los amigos. Y para ti un fuerte abrazo, tanto más fuerte cuanto algo melancólico.

Tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

¹ Mons. Giovanni Colombo, Rector Mayor de los seminarios milaneses (1953-1963).

^a Con este término coloquial se designaba a los chicos aspirantes a los que el autor se ha referido precedentemente.

^b Debilidades.

Venegono, 24 de agosto de 1950

Querido amigo:

¿Está decidido que durante estas vacaciones no pueda darte ni una satisfacción? Antes de recibir tu carta, en la que me decías que te hubieras alegrado aunque hubiese ido a verte tan solo un día, ya había pensado darte esa sorpresa en uno de estos días de vacaciones. El jueves pasado no se dejó libre (cambiaron la fiesta al sábado, día prohibitivo para mí): así que hoy estaba decidido para ir este jueves. El lunes, fui a Milán, a la Plaza Castello, para informarme. Afortunadamente, el empleado me dijo que era inútil hacer la reserva, pues encontraría sitio sin problemas. El martes, llega don Bizzozero¹: «ven conmigo a Roma, para echarme una mano con los clérigos de teología». ¡Adiós a Pontedilegno! Y en el último momento, ni siquiera Roma: don Giovanni Colombo no quiere absolutamente que pierda ni un día, porque «tiene que preparar a los chicos de la licencia». Intensa actividad diplomática durante algunas horas: don Giovanni enérgicamente impasible. Don Galbiati² —que acaba de llegar— irá a Roma. Para mí ya es demasiado tarde para ir a verte y volver en el día. Pero, sobre todo, no me atrevo a pedir el permiso, después de lo que ha pasado. ¡Espero que no me juzgues a partir de estas desilusiones...!

¿No podríamos ir de ejercicios a La Verna del 18 al 24 de septiembre? Vendría también don Pedretti³... ¡O me dirás que no para tomarte una buena revancha! Pensé en ti todos los días, varias veces al día. Tú eres como el edelweiss que me regalaste: floreces ante mis ojos. Pero yo, delante de esta flor, es como si estuviese en el valle antes de empezar la subida. Quisiera con un fuerte abrazo reparar todos los sinsabores que te he procurado.

Tuyo don Luigi

NOTAS

¹ Don Ferruccio Bizzozero, vicerrector del Seminario Mayor de Venegono Inferiore (1934-1953).

² Don Enrico Galbiati, profesor de Hebreo, Sagrada Escritura y Teología Oriental (1941-1975).

³ Don Francesco Pedretti, profesor de Latín y Griego en el Seminario Menor de Venegono Inferiore (1950-1962).

Venegono, 29 de septiembre de 1950, 9 horas

Querido amigo:

Siento mucho no haber podido saludarte.

Nada más retirarme a mi cuarto, abriendo el cajón, me acordé del cuaderno que me habías pedido, y que no te di. ¿Ves qué triste es la vida?

Un saludo efusivo y cordial

Afectísimo don Luigi

Venegono, 4 de noviembre de 1950

Querido amigo:

Muchísimas gracias por haberte acordado de mí en Roma. Espero verte para que me cuentes.

Tendrás que perdonarme las molestias por lo que te pedí acerca de la carta pastoral de Su Eminencia^a: si no la has encontrado todavía, no importa; probablemente me la dará p. Mauri. Me permito enviarte una carta de felicitación para tu madre.

Hasta ahora estuve ocupado en San Martino y Silvestre hasta bien entrada la tarde. Espero poder escaparme el lunes para verte.

Cada vez que pienso en ti, le doy gracias a Dios por tu bondad.

Afectísimo don Luigi

NOTAS

^a Se refiere al Cardenal Arzobispo de Milán, Beato Alfredo Ildefonso Schuster.

Venegono, 7 de febrero de 1951

Querido amigo:

Había decidido bajar a Milán el jueves pasado: para ver a p. Villa y a ti. Comí a las 12, y a las 12,30 voy a mi cuarto a recoger el equipaje. No encuentro el abrigo. Se lo habían llevado las monjas. Ya estamos, nada que hacer. Otra ropa útil no tenía: lo tenía todo en casa. ¿Ves? No quise contártelo más que para mostrarte que yo también deseo verte. Me pareció casi un reproche del Señor: los sacrificios no se reducen todos a flagelarse o, más simplemente, a prescindir de la fruta el sábado; no sé si fue un reproche del Señor por todas las horas que habría saltado.

Perdóname; ¿no es lícito contar a un amigo también esas menudencias que, mientras las pensamos, nos descubrimos ya contándolas? Pero el jueves siguiente, el próximo día 15, ya no tendré ningún escrúpulo; porque estaré en Saronno, así que por la tarde cuento con ir a verte. Hubiese ido antes de ayer si el prof. Taschera no me hubiese invitado a su casa. Una invitación que no podía rechazar. Lejos, en las cumbres, se ve el cielo azul. Llegará hasta nosotros. La única serenidad posible se encuentra en donar. En proporción exacta a lo que no se retiene para uno.

Por esto me apiado de mí mismo, mientras que la tentación sería sólo tener repulsión. Pero la serenidad llegará hasta aquí, porque Dios es bueno. Hasta ahora jamás había comprendido qué bueno es Dios, puesto que creó a la Virgen.

Espero que estés bien. Encomendémonos recíprocamente al Señor.

Te abrazo fraternamente

Tuyo don Luigi

Venegono, 7 de marzo de 1951

Querido amigo:

Agradezco siempre las palabras que me escribes. Hiciste muy bien el domingo quedándote dónde estabas y cumpliendo así un acto de caridad. En cambio tendrás que perdonarme por haberme ido sin saludarte.

Todavía no te había dado las gracias por haberte interesado, con tanta premura, por esa persona que te había recomendado. Esperemos que ahora el Señor le ayude, porque en este momento pasa por circunstancias muy oscuras. Si hubiese podido encontrar una solución, no se encontraría así.

Espero verte pronto: a lo mejor el viernes por la mañana tengo que pasar a ver al médico. Encomendémonos a la Virgen de nuestra Catedral, para que me haga más semejante a Jesús. Te abrazo fraternamente, deseándote muchos frutos de bien, como tú ardientemente deseas, porque ese es el único motivo por el que Dios nos ha sembrado en el mundo como una semilla.

Tuyo don Luigi

Venegono, 31 de julio de 1951

Querido amigo:

Es la primera vez que te felicito por tu cumpleaños. Y es la primera vez que sé cuando cae. Y al cumplir este pequeño gesto de amistad pruebo una alegría tan grande que me sorprende de mí mismo. ¿Puedes imaginar, si no hubieses nacido, la maravilla que faltaría en el mundo? Algo maravilloso que existe porque es un puro don. El cumpleaños es el día en el que físicamente se percibe el amor de Dios que nos hizo, pudiendo no hacernos: «*prior dilexit nos*»^a; se percibe uno, con asombro, «siendo hecho». Es el día en el que se adora a nuestros padres: el instrumento sensible.

¡Y crea otras muchas cosas maravillosas! Te envió una felicitación tan «violenta», como si me la hiciese a mí mismo. Percibo tu alegría, la alegría de estar entre tus montes.

Te deseo que disfrutes mucho también de ellos.

NOTAS

^a 1 Jn 4,19: «Él nos amó primero».

Venegono, finales de agosto de 1951

Querido amigo:

Esta carta tendría que haberte llegado ayer. El sábado me llevé a Milán papel, pluma y tinta. Pero el imprevisto del señor Rino no me dejó tiempo. ¡Qué diría tu madre de todos los follones que monté! Te escribo para darte las gracias. No puedo medir lo que debo a tu bondad y benevolencia. Tu madre no quiso que le pagase por los días transcurridos en Vione. Y también esto es un regalo. Sin embargo, no es el mayor que he recibido.

Me quedo asombrado por vuestra condescendencia, pero sobre todo te agradezco que sepas traspasar la costra burda de mi manera de expresarme, de mis formas exteriores. No, no: los pensamientos de mi alma no son ni burdos ni toscos. Me admira que lo tengas en cuenta y te lo agradezco de corazón. Nadie veía confundirse tanto el gozo de la naturaleza con el gozo de tu presencia, como yo. Ahora me appena no haberte expresado esta alegría continuamente. Lo percibía como algo tan obvio, tan normal, que resulta inútil decirlo, algo así como la atmósfera en la que vivimos. El Señor te ha hecho magnífico: con un carácter que es un talento no común. Creo que ser consciente de ello tiene que provocar instintivamente en tu ánimo una humildad ilimitada, casi un temblor. Yo te he admirado siempre —para ti, sentirte de este modo, tiene que ser un gozo enorme— y un peso, un *«pondus»* (o mejor un *«onus»*, con su ambi-güedad^a) inmenso. Como el admirable universo que nos exalta y nos oprime a la vez: nos oprime invitándonos y comprometiéndonos. Quizá jamás haya admirado la exactitud maravillosa de la humildad como cuando pienso en tu grandeza. En este momento recibo la postal de Campiglio. ¡Estupenda! Cuánto lamento no haber podido ir. Pero la frase que has escrito dice algo sin duda más profundo. ¿Hay algo más verdadero, en las cosas humanas, que el hecho de que sean tan tristes? ...¿Habrá muchos, además de nosotros, que poseen la paz incomparable de comprenderlo?

Pero el ansia que no me deja tregua es que no todos saben. Y así nuestra paz se convierte en una irresistible urgencia de acción. El consumarnos por un don febrilmente continuo. Con la cruz de aceptar la voluntad del Padre: *«Pauci electi»*^b.

Te ruego que me disculpes por todo.

Saluda de mi parte a tu madre (¿cómo está?), y también a los que siguen allí y que conozco, especialmente al señor Piero.

Y para ti un abrazo fraterno y un hasta pronto

Tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

^a El término «*onus*» dice al mismo tiempo carga (peso) y encargo (responsabilidad).

^b Cfr. Mt 22,14: «Pocos escogidos».

Venegono, 24 de octubre de 1951

Querido amigo:

¡Viva! Pasando casualmente por teología, he encontrado encima de la mesa de lectura *Coros de «La Piedra»*^a y aquella joya de tu poesía. Mira: no sé cómo agradecerte por el gozo que me ha causado. He ido inmediatamente a ver tu folio: lo he comparado, y observado los ligeros, pero exactos retoques; y, naturalmente, lo he comentado con todos. Es lógico que el gozo haya crecido viendo que todos estaban de acuerdo en que era «delicada», «bella», «¡oh, no está mal!»

¡Qué bonita es! ¡Hasta el sábado!

Monseñor Petazzi me ha leído lo que le escribió mons. Dotta¹ —se ve que don Giovanni Colombo no se ha opuesto con decisión—. Por tanto, iré yo. Bajaré con el autobús de las 8,40. Si fuese necesario, podría tranquilamente coger uno antes y estar allí a las 9. Te recuerdo que me gustaría estar en mi parroquia —si es posible— a las 15.

Perdona el poco orden de este escrito. Espero verte pronto. Y hasta entonces te deseo que puedas hacer el bien sin medida

Un abrazo, tuyo don Luigi

NOTAS

^a Coros de «La Piedra» en T. S. Eliot, *Poesías reunidas 1909-1962*, Alianza, Madrid 1999, 167-188.

¹ Mons. Cesare Dotta, rector del Seminario de la Catedral (1908-1953).

Venegono, 19 de diciembre de 1951

Querido amigo:

Te mando los datos de ese libro de historia que creía que existía sólo en francés. En cambio don Rimoldi¹ me ha señalado la edición italiana. Grousset: *Bilancio della Storia*, ed. Bianchi Giovini^a.

Búscalo hasta encontrarlo. Te aseguro que es una «bomba». Hoy no voy a ir: tengo remordimientos respecto al tiempo. Llegaré mañana jueves.

Hasta entonces te mando mi saludo afectuoso. Doy gracias cada vez que pienso en ti.

Tuyo afectísimo don Luigi

NOTAS

¹ Don Antonio Rimoldi, profesor de Historia primero en el bachillerato y después en teología en el Seminario de Venegono Inferiore (1948-1994).

^a Cfr. R. Grousset, *Balance de la Historia*, Pegaso, Madrid 1957.

Vione, julio de 1952

¡Felicidades! *Ad maiora, ad altiora*^a.

don Luigi

NOTAS

^a «Hacia cosas mayores y más altas y profundas».

Venegono, 12 de agosto de 1952

Querido amigo:

Desde que volví he querido agradecerte tu magnánima hospitalidad de este año. Pero no me atrevía a decir lo que ni siquiera en Vione dijimos. Esta noche estoy muy cansado. Y el cansancio otorga más ternura a nuestro caparazón. Hay un límite de libertad en la amistad que cuando se franquea parece menoscabarla o ultrajarla. A lo mejor, yo lo he franqueado. ¡Pero qué duro es, en la amistad, toparse contra el muro de la reserva! Una vez dijiste que, cuando ves lo que hacen tus amigos, lo juzgas siempre diciendo: «ellos sabrán por qué hacen eso». No sé si tengo que esperar o puedo ya agradecértelo. ¿Me quieres todavía? Pero tú subes a las cumbres, y yo soy sedentario. Él es amigo también de la miseria. ¡Gracias por todo! Sobre todo por la carrera que te diste desde Stadolina a Vione.

Un fuerte, fuerte abrazo

don Luigi

22 (de septiembre) por la noche, de 1952

Queridísimo don Lino:

Tu carta, que acabo de recibir, ha prolongado, durante la nublada jornada de hoy, la serenidad de ayer. Hubiese ido ayer a verte: pero dos personas —un médico y un pequeño empresario— quisieron visitar el Seminario. Aunque no sepas decirlo todo, don Lino, ¿acaso no puedo comprenderlo yo todo? Hace algunas noches, pensando, he descubierto que tú eres mi único amigo: no por exclusivismo estéril; esa vibración inefable y total de mi ser ante las «cosas» y las «personas» no la sorprende más que en tu modo de reaccionar. Pero tú eres una vibración armoniosa. Yo, violenta. Pero esto no importa. Lo importante es que para nosotros es inconcebible e injusto que exista una belleza como la que tú has visto, y yo imagino, sin que nosotros no nos sacrifiquemos hasta el fondo por «los demás».

Jamás he tenido tanta vergüenza de mí mismo. Ni tanta confianza en el Señor.

Te aseguro que espero la ocasión más próxima para verte.

Un saludo deferente para tu madre y Peppino. Y para ti un abrazo.

Tuyo don Luigi

Selva, 19 de julio de 1953

Estoy menos contento porque falta tu serenidad. Me temo que no podré verte antes de finales de julio. Si es así, me decidiré a escribirte una carta más larga.

Pero el afecto de ahora es el mismo. Te abrazo fraternamente.

don Luigi

Venegono, 26 de agosto de 1953

Querido amigo:

Tengo muchos deseos. Uno de ellos era ir a Vione, al menos algún día, con don Melzi. Tengo clase todos los días con los «*speranzini*». Y los exámenes en cuanto acaben las clases.

Esta dificultad es una pincelada más del diseño un poco melancólico que, probablemente, me reserva el próximo curso. Te diré cuando hablemos.

Si fuese posible «decir» lo ideal, para mí sería ser cura en un pueblecito de montaña. Nosotros elegimos «decir», y sacrificamos la montaña. Pero también en la llanura sólo algunos tienen posibilidades de decir.

Y a esos uno queda ligado con gran afecto, como me pasa a mí contigo.

Te envío mis mejores deseos. Te pido que se los transmitas a tu madre y a tus hermanos.

Hasta pronto

Tuyo afectísimo don Luigi

Venegono, 21 de agosto de 1954

Querido amigo:

No sé cómo agradecerte la bondad con la que respondes a mis silencios, que son silencios más de voz, que de ánimo.

Tú no estás presente cuando hablo de ti a otros; yo, sí, estoy presente, y esto me tranquiliza.

Tú última postal del Pisgana me hizo morir de nostalgia. Y más que de esos lugares, de ti en esos lugares.

Pero la montaña de Ulises cada vez es más precisa, ante mi mirada. Y, gracias a Él, sé que no es un «vuelo loco»^a. Hablar de «vuelo» sería una pretensión grotesca, si no se tratase, conscientemente, de una metáfora. «Vuelo» a saltos, como una gallina o un pavo: eso no me importa. Lo que importa es el anhelo en la justa dirección. Mañana me voy con 45 estudiantes a Gressoney para la semana de estudio (y de gran responsabilidad para mí). Encomiéndanos al Espíritu Santo y a la Virgen.

Te ruego que saludes de mi parte a tu madre. A tu hermano y a todos los amigos que estén allí.

Y para ti un abrazo largo y fraterno

Tuyo afectísimo don Luigi

P.D. Mi mayor pena en estos dos meses es que me di cuenta el 3 de agosto del 2 de agosto.

NOTAS

^a Cfr. Dante, *La Divina Comedia*, Infierno XXVI, 125.

Venegono, 20 de abril de 1955

Querido amigo:

Entre todos mis amigos ocupas en el cuadro de mi pensamiento el puesto del Castello di Miramare de la postal que, con tu acostumbrada bondad y delicadeza, me has mandado.

Y eso que ya no sería digno ni siquiera de una mirada tuya... Pero es mejor que tú seas tan bueno.

Te escribo para encomendarte, si es posible, que combines una cita con el prof. Pucci (si recuerdo bien el nombre) para aquella maestra. Ella pasa en Milán todo el jueves y el domingo, y el miércoles y el sábado por la noche después de las 20. Pero más tarde podría bajar también los otros días (antes le es imposible por las clases).

Perdóname si sólo te pido cosas.

Hasta pronto.

Te saludo con toda la efusión del corazón

don Luigi

Moena, 12 de agosto de 1958

Sólo tenía dos amigos verdaderos. Quedas tú¹.

don Luigi

NOTAS

¹ El otro amigo era don Giuseppe Gaffusi, inventor del cineforum.

Varigotti, 27 de agosto de 1958

Querido amigo:

He leído con demasiado retraso tu carta.

Tienes razón al reprenderme. Yo que percibo en modo agudísimo que sólo juntos es posible realizar algo estable y seguro, debería cultivar más la relación con aquellos escasísimos hombres que son capaces de estar juntos.

Espero escucharte más según vaya avanzando.

En cuanto te vea en Milán (allí estaré a partir del 1 de septiembre por la tarde), te pediré ampliamente tu colaboración para toda la dimensión cultural de *Gioventù Studentesca*.

He pensado mucho en ello y te comunicaré mis ideas al respecto. Por ahora subrayo que ya no se trataría únicamente de una «iniciativa», sino de toda la dimensión cultural del movimiento.

Los cursos de cultura, el centro de estudios, el periódico serían expresiones de todo ello.

Te ruego que me esperes.

Espero que estés bien de salud, tras los golpes del mes pasado. Hubiese venido corriendo a Vione, pero no podía dejar solos a los chicos y después, cuando acabaron los turnos de *GS*, el 20 de agosto pasé por Milán para irme a Varigotti.

Hasta entonces un abrazo con todo mi afecto fraterno

don Giussani

Hotel Alba
Alba di Canazei, 6 de julio de 1960

Querido amigo:

No sé cómo puedo robar algún instante a esta vida llena de compromisos continuos, para enviarte un saludo calurosísimo y —naturalmente— para pedirte un favor.

Para Brasil. Pignedoli¹ me ha escrito diciéndome que el permiso está dado, pero que ahora es necesario llevar a cabo los «habituales procedimientos» en la Curia. ¿Podrías informarte de en qué consisten, de manera que pueda enterarme si tengo que hacer antes una escapada a Milán, o son suficientes los días que van entre el 25 y el 31 de julio cuando volveré? (...)

Te aseguro que me siento pequeño ante tu bondad y fidelidad: y que espero el día en que pueda devolverte la ayuda tan decisiva que me das en estos años, que para mí resultan decisivos.

don Giussani

NOTAS

¹ S.E. Mons. Sergio Pignedoli, obispo auxiliar de Milán.

Milán, 6 de agosto de 1960

Querido amigo:

Un saludo antes de partir. Probablemente no parto el martes 9, sino el jueves 11, porque la nave se ha retrasado en su viaje de vuelta. Me quedaré hasta el día 11 o 12 en Macapá, y después mons. Pirovano¹ me acompañará en las cuatro ciudades principales de Brasil, para ver las diferentes posibilidades. Mi plan es volver el 23 o 24 de septiembre.

Desgraciadamente, no puedo hacer de otra manera, porque el dr. Candia² no puede venir antes de esas fechas y, por tanto, tengo que plegarme a sus planes.

Hemos ido a ver a mons. Olgiati³. También él está perplejo respecto a GS. La cuestión, en todo caso, está en sus manos; y con las ideas claras que tiene sobre la situación y el amor que siente por GS, estoy convencido de que insistirá sólo en lo que es más justo. A finales de agosto, será más o menos el momento de las decisiones con el Cardenal^a.

Respecto a Varigotti (26-30 de septiembre), don Vanni⁴ se encargará de todo y, por ello, irá a verte. Sobre todo espero que puedas venir.

Aquí me encuentro un poco atontado y soñoliento: esperemos que la experiencia brasileña me haga un poco más ágil.

Te ruego que saludes de mi parte a tu madre y a todos los tuyos. Di algún Ave María para que sea capaz de ver adecuadamente las posibilidades de acción, y para que concluya algo. ¡Me resulta tan extraño que tenga que ser precisamente yo el que tenga resultados!

Conserva para mí, siempre y con paciencia, tu benevolencia y recibe un abrazo fuertísimo.

Con mis mejores deseos para tu estancia en la montaña

Tuyo afectísimo

don Luigi Giussani

NOTAS

¹ S. E. Mons. Aristide Pirovano, obispo misionero del *Pontificio Istituto delle Missioni Estere*, PIME (1955-1992).

² Dr. Marcello Candia, industrial que sucesivamente fue misionero laico en Brasil (1916-1983). Se ha iniciado su causa de beatificación.

³ Mons. Francesco Olgiati, profesor de Filosofía en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán.

^a El Cardenal de Milán en dicha fecha era Giovanni Battista Montini, futuro Pablo VI.

⁴ Don Giovanni Padovani, colaborador de don Giussani en GS.

Varigotti, 2 de enero de 1964

Querido amigo:

Me había encargado yo de hacerte llegar la felicitación navideña en nombre de todos, y lo he dejado hasta ahora.

Creo, sin embargo, que la verdadera amistad no tiene límites en la comprensión.

Te llamarán por teléfono (esos a los que hemos pedido que se encarguen de Brasil junto con las chicas) para una reunión restringida: ya dirás si prefieres que sea por la tarde o por la noche, en Monza o en Milán.

Te estoy muy agradecido y unido a ti, a pesar de los silencios.

Tuyo don Giussani

Milán, 1 de febrero de 1964

Querido amigo:

En un encuentro de hace una semana, me di cuenta de que los que son hostiles a *GS* —o aquellos que a partir de la incertidumbre de la situación «política» creen que es un deber de sabiduría decir lo malo además de lo bueno— usan también tu nombre, afirmando que «incluso sus amigos.».

Como eres mi mejor amigo, me he permitido inmediatamente (y quería haberlo hecho ya hace 5 o 6 días) ponerte en guardia, porque —como todos tenemos defectos, evidentemente— los malévolos pueden sacar conclusiones dañinas y calumniosas incluso de la misma preocupación amigable y llena de simpatía.

Nuestro peor enemigo (y creo que de todos aquellos que quieren «hacer»), es la suma de discursos y de juicios que tiene el tiempo y la valentía de hacer toda la gente que no nos conoce y, sin embargo, nos teme, o toda esa gente que critica sin discutir con nosotros.

El cariz que han tomado estos tiempos me ha dificultado todavía más encontrar un momento para ir a verte: pero lo haré pronto. Y tú me perdonarás si te trato así, aún pensando que para mí eres la persona más comprensiva, querida y de apoyo.

Tuyo afectísimo don Giussani

Varigotti, 12 de abril de 1964

Querido amigo:

No creía que habría tenido que suplir con un saludo melancólico —aunque sea provisionalmente— a un diálogo que desde hace demasiado tiempo deseaba.

Pero de hecho estoy «suspendido *a laboribus*» hasta finales de abril^a.

Te escribo sólo para abrazarte, y confirmarte mi esperanza de siempre, intacta, tan intacta que me parece que es lo único que tengo.

Afectísimo don Luigi

NOTAS

^a En periodo de reposo.

ELOGIO DE LA AMISTAD*

De la amistad se debe afirmar lo mismo que de todo valor auténtico: no es posible describirla más que si se vive. La opción misma de conversar sobre ella indica una vigilancia —y, más aún, una exigencia y una sensibilidad— que considera la palabra amistad un horizonte concreto. En caso contrario sería o un mero concepto abstracto sobre el que uno puede ejercitarse de vez en cuando, o una mirada huidiza fruto de una tosca desazón —nostálgica y llena de remordimiento— o, en fin, una reliquia sin significado real para la conversión de la vida.

Gran virtud tiene quien elogia la amistad.

Ciertamente grande. Resplandor, sobre la faz y el corazón humanos, del Misterio de Dios, tal y como se ha dado a conocer a aquellos que el Padre ha elegido a través del Hijo con el don del Espíritu.

Virtud que puede renacer en cualquier lugar, por todo el mundo, con su presentimiento de unidad, con su capacidad de escucha y su voluntad de entrega. Pero cuando lo hace en un terreno cristiano, esta virtud se enraíza sólida y abundantemente, eterna y abrazadora de todo: no es coherencia, ni empecinamiento, ni algo invasivo, sino imitación del Misterio de Dios a la que nos llama el Espíritu con discreción y fortaleza. Fuera de esta tierra bendita, la amistad permanece como ímpetu noble y triste, inquieto por la conciencia de su precariedad.

De este modo, también en el ambiente educativo del Seminario, vivido con obediencia sincera e inteligente, la amistad puede nacer con una autenticidad, equilibrio y fidelidad, desconocidas para el mundo.

Agradezco a don Angelo también este testimonio.

Don Luigi Giussani

NOTAS

* Se trata del texto, ligeramente modificado, de la *Presentación* de: A. Majo, *L'amicizia valore umano e cristiano*, Ancora, Milano 1973, 7-8.

Este libro recoge las cartas que Luigi Giussani envió a su amigo Angelo Majo entre 1944 y 1964.

En ellas se percibe el amor del joven sacerdote milanés por Cristo y su pasión por comunicarlo a los hombres. Amor por Cristo y pasión por el destino temporal y eterno de los hombres que conducirían al nacimiento de Comunión y Liberación.

«La virtud de la amistad puede renacer en cualquier lugar, por todo el mundo, con su presentimiento de unidad, con su capacidad de escucha y su voluntad de entrega. Pero cuando lo hace en un terreno cristiano, esta virtud se enraíza sólida y abundantemente, eterna y abrazadora de todo. [...] Fuera de esta tierra bendita, la amistad permanece como ímpetu noble y triste, inquieto por la conciencia de su precariedad»
(Luigi Giussani).

«Esta es la enseñanza fundamental de las cartas de don Giussani que publicamos en este volumen: nos persuaden de que el hombre de hoy no necesita cosas nuevas, sino un modo nuevo de ver las cosas de siempre, y este modo nuevo es Jesucristo. Mi gratitud, llena de reconocimiento afectuoso, a don Giussani que sin descanso me lo ha recordado continuamente y, sobre todo, me ha dado testimonio de ello con su vida, con su fascinante y siempre juvenil entusiasmo» (Angelo Majo).

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-794-0



Índice

Prólogo, de Julián Carrón	8
Premisa, de Angelo Majo	14
Nota a la edición española	16
Mons. Luigi Giussani, 1922-2005	17
CARTAS DE FE Y DE AMISTAD	22
1. Venegono, noviembre de 1944	23
2. Desio, mayo de 1945	25
3. Venegono, 20 de julio de 1945	27
4. 6 de agosto de 1945	29
5. Finales de agosto de 1945	30
6. 2 de septiembre de 1945	32
7. Octubre de 1945	34
8. Milán, 13 de octubre de 1945	35
9. Desio, diciembre de 1945	37
10. Desio, 3 de junio de 1946	39
11. 9 de enero de 1946	41
12. Desio, 20 de febrero de 1946	42
13. Varigotti, 11 de abril de 1946	43
14. Varigotti, 24 de septiembre de 1946	45
15. 12 de diciembre de 1946	47
16. Varigotti, 21 de diciembre de 1946	49
17. 7 de enero de 1947	50
18. Varigotti, 4 de abril de 1947	51
19. Desio 27 de junio de 1947	53
20. Pontedilegno, 15 de julio de 1947	54
21. Pontedilegno, 8 de agosto de 1947	55
22. Pontedilegno, 15 de agosto de 1947	56
23. Piancavallo, 28 de junio de 1948	58
24. Venegono, 18 de diciembre de 1948	60
25. Venegono, 23 de junio de 1949	62
26. 1 de julio de 1949	64
27. Arma, 25 de julio de 1949	65

28. Venegono, 4 de enero de 1950	66
29. Venegono, 16 de enero de 1950	67
30. Venegono, 2 de febrero de 1950	69
31. Venegono, 18 de marzo de 1950	71
32. 6 de abril de 1950	72
33. Venegono, 21 de abril de 1950	74
34. Venegono, 11 de mayo de 1950	75
35. Piancavallo, 23 de julio de 1950	76
36. Venegono, 8 de agosto de 1950	77
37. Venegono, 24 de agosto de 1950	78
38. Venegono, 29 de septiembre de 1950, 9 horas	79
39. Venegono, 4 de noviembre de 1950	80
40. Venegono, 7 de febrero de 1951	81
41. Venegono, 7 de marzo de 1951	82
42. Venegono, 31 de julio de 1951	83
43. Venegono, finales de agosto de 1951	84
44. Venegono, 24 de octubre de 1951	86
45. Venegono, 19 de diciembre de 1951	87
46. Vione, julio de 1952	88
47. Venegono, 12 de agosto de 1952	89
48. 22 (de septiembre) por la noche, de 1952	90
49. Selva, 19 de julio de 1953	91
50. Venegono, 26 de agosto de 1953	92
51. Venegono, 21 de agosto de 1954	93
52. Venegono, 20 de abril de 1955	94
53. Moena, 12 de agosto de 1958	95
54. Varigotti, 27 de agosto de 1958	96
55. Alba di Canazei, 6 de julio de 1960	97
56. Milán, 6 de agosto de 1960	98
57. Varigotti, 2 de enero de 1964	100
58. Milán, 1 de febrero de 1964	101
59. Varigotti, 12 de abril de 1964	102
Elogio de la amistad, de Luigi Giussani	103